

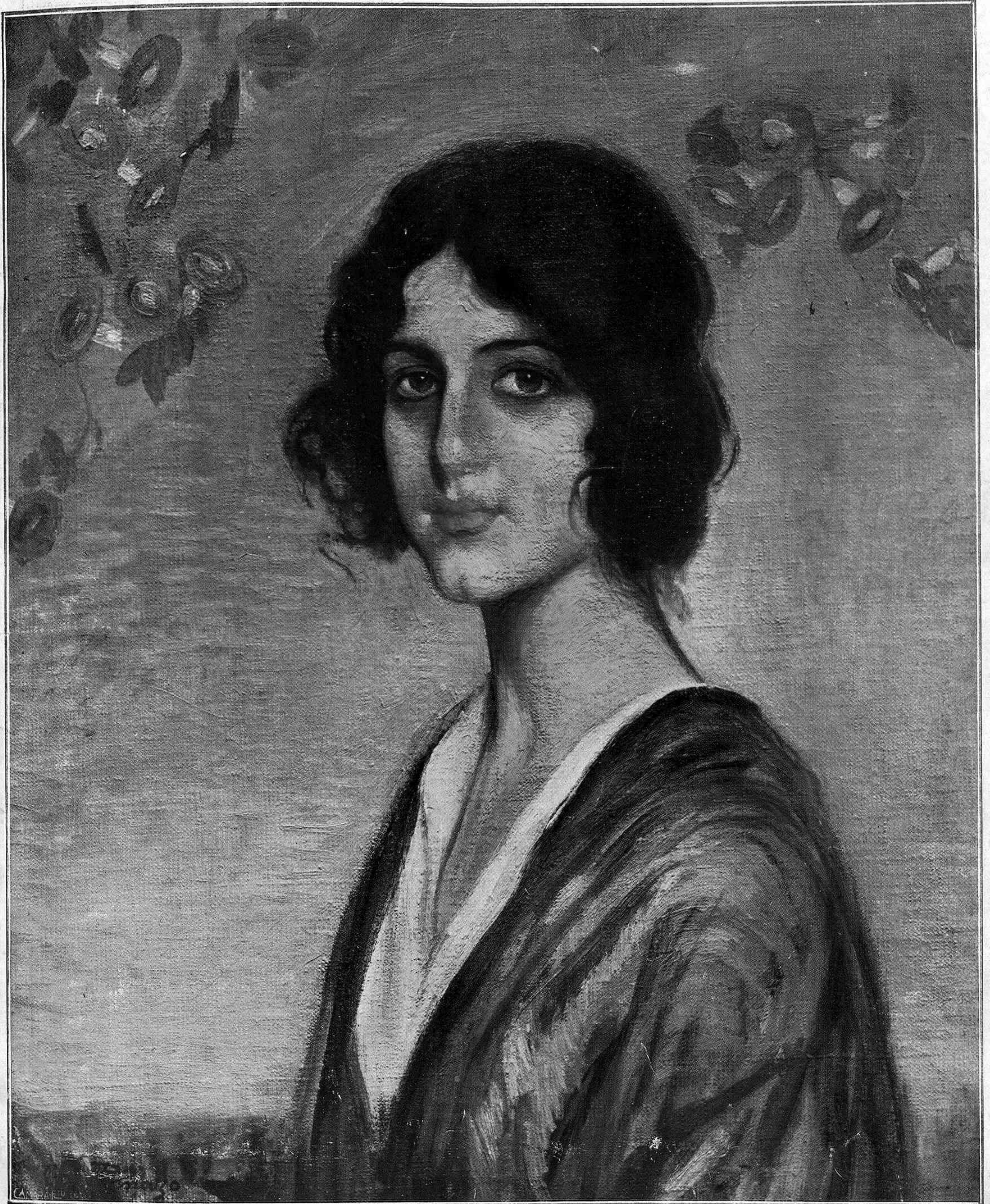
45

# La Esfera

BIBLIOTECA  
MADRID

Año IX Núm. 443

Precio: Una peseta



RETRATO DE LA SEÑORA DE GARCÍA SANCHÍZ, cuadro de José Pinazo Martínez

11

# COGNAC CABALLERO



*Steinberg*



EL PERFUME DE MODA

*Secret d'Or Francy*

*Perfumeria - Francy*

MADRID - APARTADO - 532

Y EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS

CAMARAFIU

# LA TIERRA DE TODOS

NOVELA INÉDITA  
DE  
VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

ILUSTRACIONES DE FEDERICO RIBAS

(CONTINUACIÓN)

—Oye, roto: vas á ir á todo galope á la estación. El tren para Buenos Aires pasará antes de dos horas y es preciso que no lo pierdas.

El Fraile, siempre impasible y sonriente, no pudo reprimir un gesto de asombro al enterarse de que lo enviaban á Buenos Aires.

—Cuando llegues allá—continuó Pirovani—entregarás esta lista á don Fernando, mi representante. Tú lo conoces. Dile que haga las compras en seguidita, que te entregue los paquetes y tomas el

VI tren unas horas después. Te doy cinco días para ir y volver.

Puso el chileno un rostro grave al escuchar estas órdenes. Debía ser una misión de gran importancia la que le confiaba su patrón, y se sintió orgulloso de que hubiese pensado en él.

Pirovani le entregó un puñado de billetes de Banco para los gastos de viaje y le dijo adiós, volviendo la espalda con la gallardía de un general que acaba de dictar la orden decisiva del triunfo.

Bajó el Fraile los escalones, frunciendo su entrecejo con expresión pensativa:

«Debe ser un pedido de herramientas muy ur-

gentes para el trabajo... También es posible que me envíe por dinero...»

Al ver que Pirovani se había metido en su casa, no quiso buscar mentalmente nuevas explicaciones y abrió el sobre que le había entregado, empezando á leer en medio de la calle su contenido.

Sus ojos pasaron por varios renglones sin comprenderlos.

«Una docena de frascos de «Jardín Encantado».

«Idem ídem de «Ninfas y Ondinas».

«Seis docenas de cajas de jabón «Claro de Luna».

El contraamaestre continuó la lectura de las diversas hojas que componían el cuaderno. Al fin empezó á entender su texto, y esta comprensión sirvió para aumentar su asombro. ¡Y para eso le enviaban á Buenos Aires, con orden de volver inmediatamente!...

—¡Padre San Francisco!—murmuró—Esto no puede ser para una sola hembra. Esto es para todo el harén del Gran Turco.

Pero como le placía el viaje á Buenos Aires, aunque sólo quedase allá unas horas, montó á caballo alegremente, saliendo á todo galope para no llegar tarde á la estación.

De todos los que visitaban por la noche á la marquesa de Torrebianca, el más tranquilo en apariencia era Moreno. Como sus trabajos administrativos sólo le ocupaban verdaderamente una vez por semana, pasaba el resto de ella leyendo en la casita de madera donde tenía su oficina. Era un lector ávido é incansable, que devoraba una novela cada veinticuatro horas, y á veces dos. Su afición á los relatos novelescos de todas clases era antigua; pero se había exacerbado en la Presa á causa de las largas horas de soledad. Todos se iban á trabajar en las inmediaciones del pueblo, dejándolo solo en su rústico despacho.

Después de la llegada de los marqueses de Torrebianca, sus predilecciones literarias, indeterminadas hasta entonces, se concretaron en pro de las fábulas que se desarrollan en un ambiente aristocrático, teniendo por héroes á personajes del llamado gran mundo.

El podía juzgar ahora idóneamente de la verosimilitud de tales historias, pues se rozaba con personas de la más alta sociedad de París.

Algunas veces cesaba de leer y ponía su mirada en el techo, con una expresión de éxtasis. El deseo parecía cantar dentro de su cráneo:

«¡Ser héroe de novela!... ¡Verse amado por una gran señora!»

Una tarde, cuando menos lo esperaba Moreno, vió llegar frente á su casa al ingeniero Canterac montado á caballo. A tales horas estaba siempre vigilando las obras del dique. Algo muy importante debía ocurrir para que el capitán viniera á buscarle.

Se acercó el jinete á la ventana junto á la cual leía el oficinista, y dió la mano á éste, inclinándose sobre su caballo. Teniendo por inútiles los preámbulos, dijo inmediatamente, con una sequedad militar:

—He venido á hablarle cuanto antes para que pueda aprovechar el correo de hoy... Quiero hacer un obsequio á la marquesa. La pobré carece de todo en este desierto, y, como usted recordará, nos habló hace poco de lo que sufre por no tener aquí perfumería de París.

El ingeniero sacó de un bolsillo varios papeles para dárselos á Moreno.

—Es un extracto de todos los catálogos de Buenos Aires, que ha podido proporcionarme el gallego del boliche. Por cierto que tardó mucho en encontrarlos. Debía habérmelos entregado hace tres días para que usted aprovechara el otro tren... Pero, en fin, vamos á lo que importa. Como usted tiene tantas amistades en Buenos Aires, escriba allá para que envíen todo eso y descuente el importe de mi sueldo de este mes.



«MANOS DURAS»

Moreno tomó los papeles, haciendo signos afirmativos.

—Creo—siguió diciendo el francés—que no se me adelantará en este obsequio el tal Pirovani, que cada vez resulta más insufrible.

Al marcharse Canterac hacia las obras del dique, Moreno empezó á examinar los papeles. Sus ojos se dilataron de asombro tomando casi la misma forma circular de las gafas con marco de concha que los cubrían.

Era una larguísima lista, no sólo de perfumes y jabones, sino de toda clase de objetos de tocador. El capitán había entrado por las páginas de los catálogos como en tierra recién descubierta, haciendo suyo lo que encontraba al paso.

—Hay aquí por valor de mil pesos—se dijo el oficinista—y el ingeniero sólo cobra ochocientos al mes.

Su austeridad de hombre de números, metódico y prudente, le hizo indignarse contra esta falta de equilibrio entre los ingresos y los gastos. Pero acabó por sonreír, encontrando natural el despilfarro. ¡La marquesa era tan interesante!... Además, una señora de su clase no podía llevar la misma vida de privaciones de las mujeres del vulgo.

Pasó Moreno el resto de la tarde inquieto y pensativo. Varias veces intentó reanudar la lectura de la novela que traía entre manos; pero el volumen acababa siempre por caer sobre su mesa, cubierta de papeles administrativos. Al fin buscó entre estos papeles un pliego de carta, y frunciendo el ceño, con la expresión recelosa de un niño que teme ser cogido en plena mentira, empezó á escribir:

«Mi morocha linda: Envíame lo antes posible, en un paquete, el traje de fraque que me hice cuando nos casamos. La vida ha cambiado aquí completamente. Grandes personajes nos visitan con frecuencia, hay muchas fiestas y yo deseo presentarme con un aspecto bien como el que más. Esto puede ayudarme en mi carrera y...»

Se detuvo Moreno para rascarse la cabeza con el mango de la pluma. Luego siguió escribiendo, con el mismo gesto infantil de inquietud y remordimiento, hasta llenar las cuatro páginas de la carta.

Todas las noches, en la tertulia de la marquesa, mostraba ahora Pirovani el gesto preocupado del que desea proponer algo y cuando va á hablar se siente enmudecido por la emoción.

Después de una semana de dudas se decidió á formular su deseo, precisamente la noche en que el



PIROVANI

oficinista esperaba conseguir el mayor éxito de su existencia.

Elena llevaba uno de sus trajes descotados, á los que añadía ó quitaba adornos para que diesen diariamente una impresión de novedad. El ingeniero francés y Torrebianca iban puestos de smoking y Pirovani seguía ostentando su majestuoso frac... Pero ya no era el único en lucir esta prenda. Moreno se había presentado á última hora con el

frac enviado por su mujer, pieza modesta que revelaba tener algunos años de vida. Pero, de todos modos, era un frac, y el del contratista había perdido el privilegio de ser único, lo que puso nervioso á su poseedor, dándole ánimos para hablar.

Watson y Robledo vestían trajes oscuros. Los dos se habían visto obligados á cambiar de ropa todas las noches, para no parecer «inarmónicos» —como decía el español—en medio de esta elegancia absurda creada por la presencia de Elena.

Como el norteamericano estaba fatigado de su trabajo en los canales, tuvo que sofocar numerosos bostezos, y al fin se levantó para retirarse á su dormitorio. Elena le miraba con cierto interés, y no ocultó su despecho al ver que desaparecía, saludándolo friamente, como si nada le importase alejarse de ella.

En aquel momento Canterac estaba retenido por su conversación con el marqués, Moreno hablaba con Robledo y á Pirovani le pareció oportuno no dejar que transcurriese más tiempo sin exponer á Elena lo que pensaba.

—Temía hablar, señora marquesa; pero al fin me decidí y ¡allá va!... Este marco es indigno de su hermosura y su elegancia.

Y el contratista abarcó con una mirada de desprecio la habitación y todos sus muebles.

—Si usted quiere, desde mañana puede instalarse en mi casa. Suya es. Yo me alojaré en la vivienda de uno de mis empleados.

Elena no mostró gran asombro. Parecía que esperase desde mucho antes esta proposición, como si ella se la hubiese sugerido lentamente al contratista. Pero no por ello dejó de hacer varios gestos de protesta, al mismo tiempo que sonreía y acariciaba con sus ojos á Pirovani.

Al fin pareció ablandarse y prometió que estudiaría la proposición, consultando á su esposo antes de decidirse.

La consulta fué al día siguiente, mientras Robledo y Watson estaban en las obras de los canales.

Torrebianca, á pesar de la sumisión con que acogía siempre las proposiciones de su mujer, se mostró escandalizado. El no podía aceptar la generosidad de Pirovani.

—¿Qué pensará la gente al ver que nos cede una casa que es su orgullo?...

Y movió la cabeza con enérgicas negativas. Además, surgía en su interior una repulsión de casta al pensar que pudiese protegerle aquel compatriota, que no le era antipático, pero al que consideraba de gustos ordinarios.

Elena acabó por irritarse, cansada de sus protestas.

—Tu amigo Robledo nos protege, y sin embargo no se te ocurre por eso que pueda murmurar la gente... ¿Qué tiene de extraordinario que otro amigo nuestro nos demuestre su simpatía cediéndonos su casa?

Estaba tan acostumbrado Torrebianca á obedecer á su esposa, que bastaron las últimas palabras de ella para quebrantar su resistencia. Sin embargo, aún insistió en sus negativas, y Elena dijo para convencerle:

—Comprendo tus escrúpulos si la casa fuese regalada; pero es simplemente alquilada. Así se lo he dicho á Pirovani. Tú le pagarás el alquiler cuando la empresa dirigida por Robledo retribuya tus trabajos.

Al fin el marqués lo aceptó todo, con un gesto de resignación. Parecía más viejo y más desalentado, como si le royese lentamente una dolencia moral.

—Hágase lo que tú quieras. Mi único deseo es verte feliz.

Al día siguiente fué su esposa á visitar la casa de Pirovani para conocerla por entero antes de instalarse en ella.

La recibió el contratista en lo alto de la escalinata, acompañándola por las diversas habitaciones, pálido de emoción al verse á solas con la «señora marquesa». Esta, para darse aires de dueña, ordenó inmediatamente á la servidumbre que cambiase algunos muebles de sitio. El italiano elogió su buen gusto de gran señora, guiñando un ojo á Sebastiana, su ama de llaves, para que se uniese á esta admiración.

Llegaron al dormitorio que había sido de Pirovani y en adelante sería de ella. Encima de todos los muebles había grandes paquetes de papel fino, atados y sellados, de los que se desprendían gratos olores. Los fué abriendo el contratista y quedaron al descubierto docenas de frascos de esencias y de cajas de jabón, así como otros artículos de tocador; todo el encargo enorme hecho á Buenos Aires, que parecía acariciar los ojos con el brillo de sus frascos de cristal tallado, de sus estuches forrados en seda y pieles finas, de sus etiquetas doradas, al mismo tiempo que cosquilleaba el olfato con perfumes de jardín sobrenatural.

Ella iba de asombro en asombro, y acabó por reír lanzando exclamaciones alegres é irónicas al mismo tiempo.

—¡Qué generosidad!... Hay para poner una tienda de perfumería.

Pirovani, cada vez más pálido, enardecido por esta sonrisa y la soledad, intentó aproximar su boca á la de ella, besándola. Pero como Elena esperaba desde mucho antes este ataque, le fué fácil repelerlo, avanzando sus dos manos enérgicamente al mismo tiempo que decía:

—Eso equivale á quererme pagar el alquiler de la casa, como un vil comerciante. En tal



CANTERAC

caso, ya no hay regalo. ¡Y yo que le creía un gentleman!

Luego sintió cierta lástima al darse cuenta de la confusión de Pirovani. El pobre temía no haber procedido con el tacto de un hombre elegante. Para consolarlo, puso su mano derecha junto á la boca de él.

—Conténtese con esto—dijo.

El italiano besó la mano con entusiasmo, y fueron tan repetidos sus besos, que al fin tuvo ella que retirarla violentamente, amenazándole con un dedo para que guardase prudencia.

Luego continuó la visita de la casa, llevando al contratista tras de sus pasos. Parecía arrepentido de su audacia y arrepentido al mismo tiempo de la docilidad con que había obedecido á aquella mujer.

Pero por encima de tan opuestos sentimientos paladeaba una sensación de triunfo al recordar el contacto de aquella mano fina y olorosa. Esto le hizo persistir mentalmente en sus opinión.

«Oh, las grandes señoras!... No hay mujeres como ellas.»

## VIII

El aspecto de la casa de Pirovani cambió mucho al instalarse en ella los Torrebianca.

Las ventanas lucían ahora, á través de sus vidrios, unas cortinas ahoradas. Ya no se mostraban en las galerías exteriores las domésticas mal vestidas y realizando al aire libre ciertos trabajos de limpieza. La presencia de aquella señora tan hermosa y elegante había impuesto á la servidumbre nuevos cuidados personales. Hasta la gorda Sebastiana iba vestida todos los días «de domingo», como decían sus amigas.

Otra novedad conoció el vecindario de la Presa con la instalación de Elena en la casa del contratista. El salón de Pirovani tenía un piano de media cola que había permanecido cerrado hasta entonces. Lo compró el italiano en Buenos Aires, por complacer á un compatriota suyo, dueño de un almacén de instrumentos de música. Además, le habían dicho que un salón «distinguido» no está completo si carece de un piano, pero con cuerdas horizontales y la tapa á medio levantar. Y compró el valioso instrumento, sin esperanza de que llegase á la Presa algún visitante capaz de utilizarlo.

Elena, que en sus horas de soledad era una fumadora insaciable, cuando se cansaba de ir con el cigarrillo de una á otra pieza, examinando los adornos y comodidades de su nueva casa, abría el piano, dejando que sus dedos corriesen sobre las teclas. Así pasaba las horas, recordando romanzas

(Continuará en el próximo número)

HELIOS

# HIPOFOSFITOS SALUD



Más de 30 años de éxito creciente. Único aprobado por la Real Academia de Medicina.

**AVISO** Rechace todo frasco que no lleve en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD en rojo.

La salud, la hermosura, la juventud y la alegría de espíritu serán como sea su sangre.

Sangre pura y rica en glóbulos rojos se manifiesta en el color rosado, viveza en los ojos, claridad en las ideas y perfecta función del organismo.

Si usted no combate á tiempo la inapetencia y la anemia, verá destruidos todos sus encantos, y males incurables la envejecerán pronto.

Unas cuantas semanas que tome usted el Jarabe de **HIPOFOSFITOS SALUD** bastarán para recobrar el apetito, vigorizar intensamente el organismo y volver la hermosura y buen color al semblante.

## Crossley



Coché de turismo de Crossley de 19'6 caballos de fuerza

### Automóviles Crossley para España

**L**OS automóviles Crossley tienen fama en todas partes del mundo por su belleza y excelente calidad. Los usan muchos de los miembros más distinguidos de la sociedad inglesa y fueron los únicos coches escogidos para acompañar oficialmente a S.A.R. el Príncipe de Gales durante su viaje a la India.

S.M. el Rey y la Reina de España usaron los coches Crossley durante sus visitas recientes en Londres.

Los automóviles Crossley son de los más elegantes del mundo. Son contruidos con escrupulosa atención para asegurar a sus propietarios la mayor satisfacción. Tienen fama extraordinaria por su rendimiento, fuerza, velocidad y la facilidad con que vencen pendientes y quienes deseen adquirir un coche de elegantísimo acabado, con todas estas ventajas, no pueden hacer mejor elección.

Sirvanse pedir plenos pormenores.

Crossley Motors Ltd., Manchester Export Office, 40-41 Conduit Street, London W. 1. Se solicitan agentes provinciales

Agentes:  
**THE MOTOR CAR WORKS CO.,**  
15, Cooperage Lane,  
GIBRALTAR.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



LEED

## Hombre de amor Y Un hombre extraño

Dos volúmenes de 350 páginas cada uno, que contienen la emocionante vida dolorosa de un galán afortunado, escrita por el amenísimo novelista

### El Caballero Audaz

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

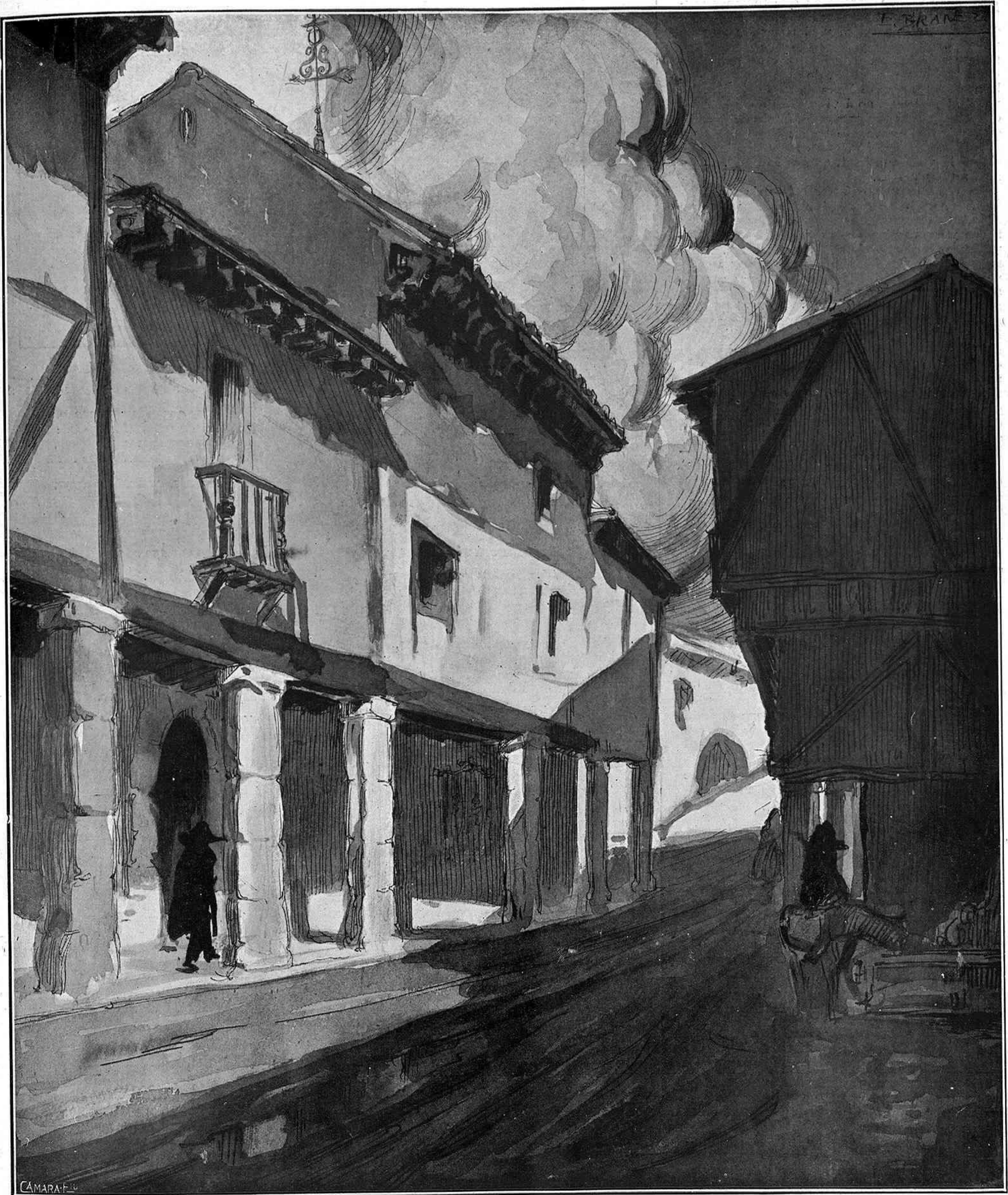
PEDIDOS:

Editorial "Mundo Latino".—Apartado 502, Madrid

REINE DES  
CREMES

Maravillosa Crema de Belleza  
PERFUME SUAVE  
J. LESQUENDIEU-PARIS

DE VENTA EN TODA ESPAÑA



## LAS CASAS DE MIRANDA, EN BURGOS

DIBUJO DE E. BRAÑEZ

Burgos, como Toledo, como Avila, como Segovia, como todas estas viejas ciudades en que se fueron forjando los mas intensos valores espirituales de Castilla, guarda en sus piedras—que doró el sol de varios siglos-- los más ricos esplendores del arte, los más hondos latidos de la historia, las más suntuosas quimeras de la tradición. Junto á la gótica maravilla de su pérea Catedral se agrupa Burgos, como sombreada y protegida por aquella mole, que eleva hacia el alto cielo de Castilla, en un impulso audaz y triunfal, el doble prodigio de sus torres gemelas, que parecen irse sutilizando y espiritualizando á medida que se alejan de la tierra... Y junto á la Catedral gloriosa, viven y palpitan con un corazón de ayer los rincones tradicionales y románticos, las calles vetustas, silenciosas y bellísimas, los lugares engalanados por el arte, la historia y la conseja.

DE LA VIDA QUE PASA  
TENEMOS MUCHA PRISA...

EFFECTIVAMENTE, todos estamos conformes hace mucho tiempo en que tenemos mucha prisa. Bebemos aire calenturiento, de caldera á toda presión, y el ritmo de nuestra vida, por humilde y sosegado que quiera ser, padece agitaciones, velocidades y aceleramientos de algo que se acaba, de algo que arde con las delirantes convulsiones de la conclusión. La vida sabe á heces, no á vino. Ya no canta Anacreonte ú Omar Kaiyam en el fondo de nuestra copa, porque en vez de beber, tomamos comprimidos. El alcaloide, que es síntesis, ha vencido á la voluptuosidad, que es lentitud. Tenemos mucha prisa...

La prisa es una enfermedad—más ó menos fecunda, según se mire—característica de este siglo, especialmente de estos últimos años. La rueda viene combatiendo contra el almohadón, y parece que triunfa la rueda. Todo corre, mientras no logra elevarse. El salto se asemeja cada vez más al vuelo, é Icaro avanza ahora cara al sol, sin temor de que se derritan sus motores de acero. Prisa era ya el telégrafo; pero el telégrafo se ha calzado también sus botas de cuarenta leguas, y lo llamamos telegrafía sin hilos. Prisa fué el catalejo de nuestros abuelos—prisa de otear, de ver más pronto y más lejos; pero la prisa de estas últimas edades quiso perforar sutilmente la materia, atravesarla como una singular luz, é inventó la radiografía. Se va ahondando en el mar y en la estrella. El automóvil achica la tierra, y las ondas hertzianas reducen la vastedad del cielo.

¿A dónde vamos á parar, hermanos? Casi todo el mundo no vive á su gusto si no le dan muchas cosas en poco tiempo, en poco espacio, en pocas palabras. Las novelas de trescientas páginas y las pasiones de varios años asustan, aunque las novelas y las pasiones sean igualmente tentadoras. Preferimos las inyecciones fulminantes, el párrafo breve, la pildorita. Los hombres estamos muy atareados, y leemos y escribimos novelas semanales, novelas cortas, narraciones instantáneas, concisas y sin lentitud, aunque sean detestables. Y las mujeres, no menos apremiadas y apremiantes, llevan cortas también las faldas, y las ideas, y los cabellos...

Este afán de condensación, de rapidez y de simplificación ha llegado á invadir una de las bellezas que hasta ahora se habían mantenido tranquilas, serenas y deleitosamente perezosas: la poesía escrita. El endecasílabo ó el alejandrino tienen ya, según bastantes versificadores precipitados, demasiadas sílabas. Esproncesa y Zorrilla lo presintieron así, indudablemente, hace algunos años.

Tal, dulce suspira la lira que hirió en blando concento	del viento la voz, leve, breve son. .....
--	--

decía el autor de *El diablo Mundo*. Y el de *Granada*, por su parte, escribía:

Cuanto existe, niebla triste	puebla ya. .....
---------------------------------------	------------------------

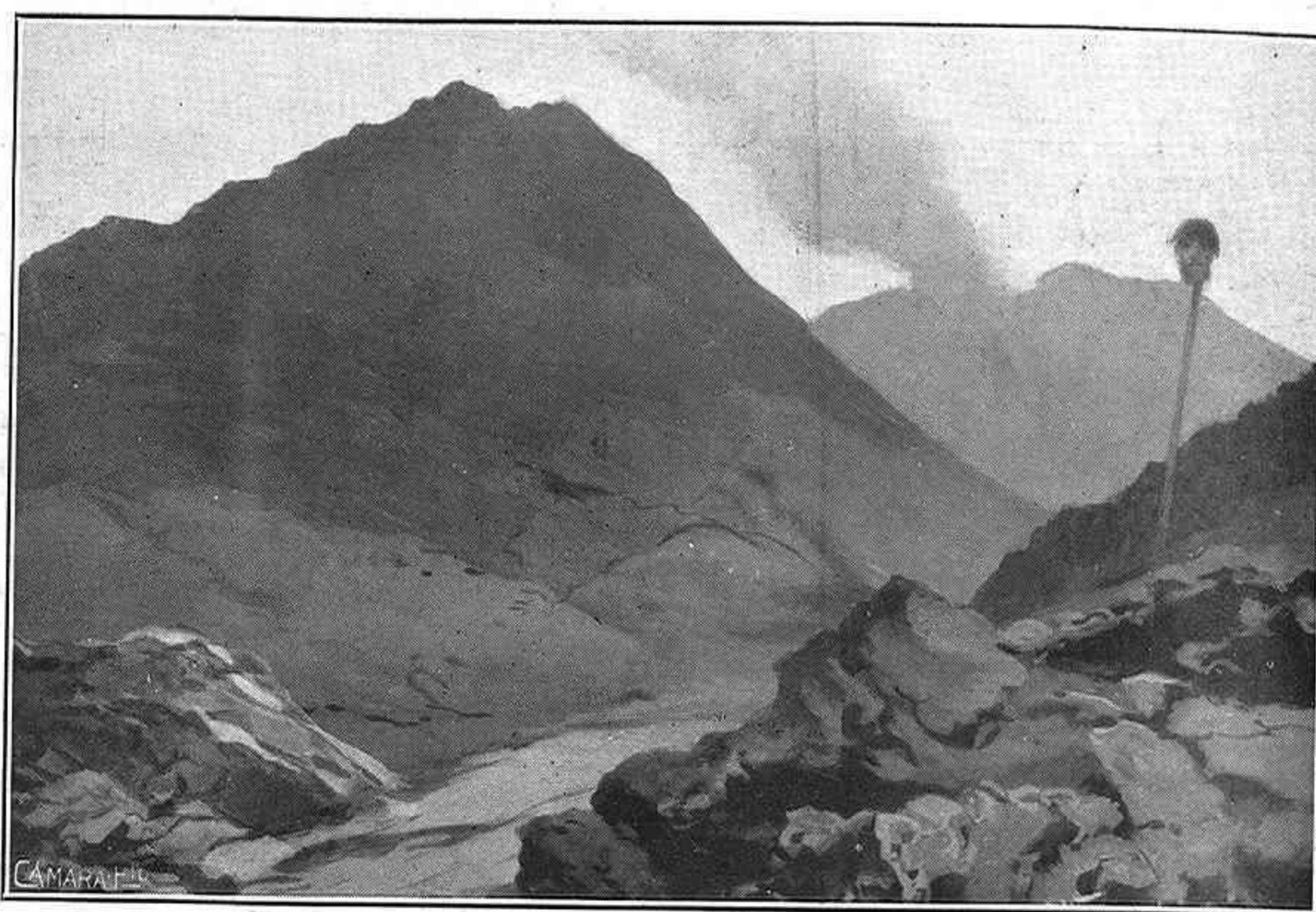
Alguien ha asegurado que la poesía es el arte de hablar para no decir nada. Sin embargo, la poesía, gárrula y embustera, resultaba casi siempre inofensiva, mientras no se refugiaba en los abanicos ó en las revistas ultramodernas de estos tiempos. Son ininteligibles, pero son brevísimas. El verso bisílabo reta con todo ardimiento al poema interminable. «La Jerusalén libertada» cae de su base, socavada por el pareado homeopático. «Monosilabeemos»—escribe Hugues Delorme en un diario de París...

Y humorísticamente recuerda varias composiciones relámpagos, esquemáticas, de suprema estilización verbal. Julio Lemaitre interpelaba así á su gata:

Ma chatte, ta patte! Moi	t'aime! Bois crème ou mange..., etc.
--------------------------------------	--

La reacción poética contra lo prolongado y prolijo es, sin duda, plausible. Hacia el año 1860—sigue diciendo Delorme—, otro poeta francés describía con esta zumbona concisión lapidaria la expulsión de nuestra madre Eva:

"LACRIMÆ RERUM"  
LA PICOTA



*Ni una flor, ni un arbusto, ni un ave...  
Por doquier, la agostada meseta  
que hacia el triste y sombrío horizonte  
en ásperas curvas levanta sus tierras.*

*Tierras grises, del polvo granítico  
de imponentes montañas, deshechas  
por la trágica mano del tiempo  
que, hostil, fué aventando sus rudas arenas...*

*Sobre el gris de la tierra enfermiza,  
el gris pálido y frío del cielo,  
que la mística luz del crepúsculo  
refleja en las cosas con tintes de acero,*

*dando al fondo, de tonos sombríos,  
y á las líneas relieve tan seco,  
que parece grabado el paisaje  
sobre vieja armadura de hierro.*

*A lo lejos, detrás de unas lomas,  
de la niebla al través, se divisa  
la rojiza techumbre y la blanca  
chimenea de oculta alquería.*

*De la cual, el ambiente impregnando  
de no sé qué apacible misterio,  
vaporoso penacho de humo  
lentamente se eleva á los cielos.*

*Más acá, polvoriento camino  
que señalan montones de piedras,  
serpeando á través del paisaje  
va á perderse en oscuras revueltas.*

*Y en el brusco recodo que forma  
sorteando un barranco, el sendero  
sobrecoge de pronto al viandante  
la visión pavorosa surgiendo...*

*¡Allí está!... Separada del tronco  
por el golpe iracundo del hacha,  
aparece la adusta cabeza  
de una pica al extremo clavada...*

*¡Allí está!... ¡Con la faz contraída  
por el vago terror postrimero,  
y las ásperas greñas colgantes,  
impone su vista medroso respeto!...*

*¡Allí está!... ¡Como idea hecha carne,  
raro símbolo, exacto reflejo*

*de la adusta expresión del paisaje,  
con la atormentada visión de su gesto!...*

*Todo yace en profundo reposo...  
Nada turba en redor el silencio...  
Y el terror ensombrece el paisaje,  
que se aduerme en los brazos del miedo...*

*¡Sólo á veces, en sueños acaso,  
envuelta en sus nieves suspira la sierra,  
y una racha del cierzo errabundo  
desgreñando la adusta cabeza,*

*al cruzar por sus cóncavos huecos  
y al salir por la boca entreabierta,  
lanza un silbo estridente, que espanta  
los ávidos cuervos que en torno revuelan!*

*Ni una flor, ni un arbusto, ni un ave...  
Por doquier, la meseta agostada  
que hacia el triste y sombrío horizonte  
en ásperas curvas sus tierras levanta...*

*¡Y á lo lejos, detrás de las lomas,  
como algo alegórico de vagas promesas,  
la espiral majestuosa y tranquila  
del humo se eleva..., se eleva..., se eleva!...*

*Poco á poco la tarde declina,  
y á la luz del crepúsculo, trémula,  
esfumadas las cosas adquieren  
proporciones confusas y etéreas...*

*¡Y la sombra se extiende implacable  
borrando senderos, colores y formas,  
y en el mudo terror de la noche,  
donde todo se oculta y reposa,*

*cual gemir de las almas en pena  
que allá en las negruras perdidas erraran,  
se oye un largo estridente silbido  
y el confuso batir de unas alas!...*

Ramón de GODOY

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

—«Eve, sans trève prends vite la fuit!... Va!... —«Grace!... —«Non! Passe donc! Je te chasse. Tu	faute l'ôte la douce paix!... Rousse mais belle, elle fuit. L'Ombre suit... L'ange bleu venge Dieu!...
---	---

Hoy, al cabo de medio siglo, la prisa sugiere poemitas microscópicos, aunque incomprensibles.

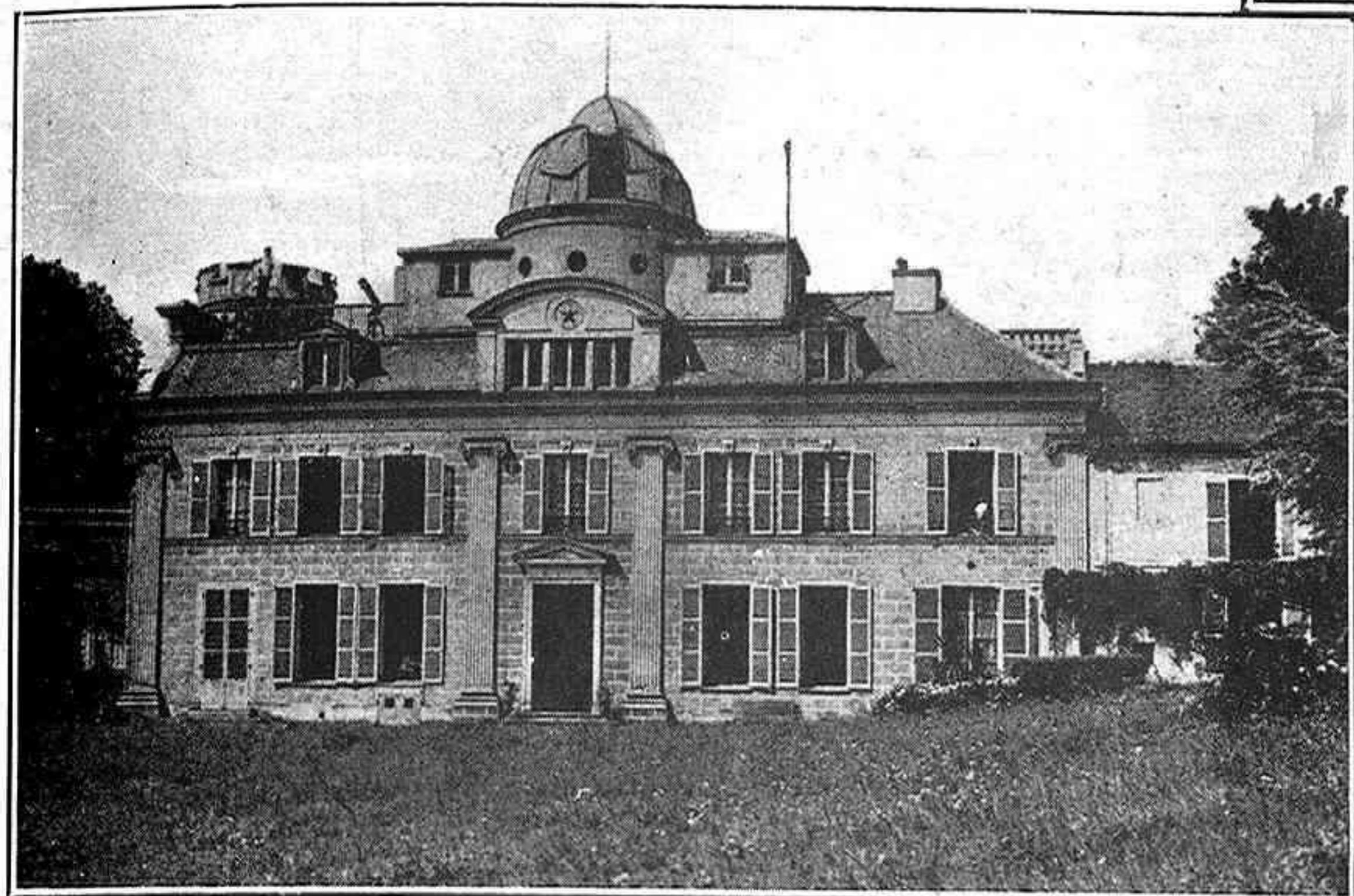
bles. Escritos en castellano se ven por ahí algunos pintorescamente compendiados. Novedad vieja, antes pudo ser un capricho de rimador, y hoy, por imperativos de la época, hace convertido nada menos que en credo estético de innovador. La época manda «que monosilabeemos». El tiempo es oro. Tenemos, hermanos, mucha prisa. No nos aguarda nadie, ni nos espera acaso nada... ¡No importa! Lo dicho; vamos á escape por la vida. Lo curioso, lo absurdo, es que viéndonos y sintiéndonos tan atolondrados é impacientes, leamos hoy periódicos de «veinte» páginas y soportemos, ¡ay, películas en «treinta» jornadas...

E. RAMIREZ ANGEL

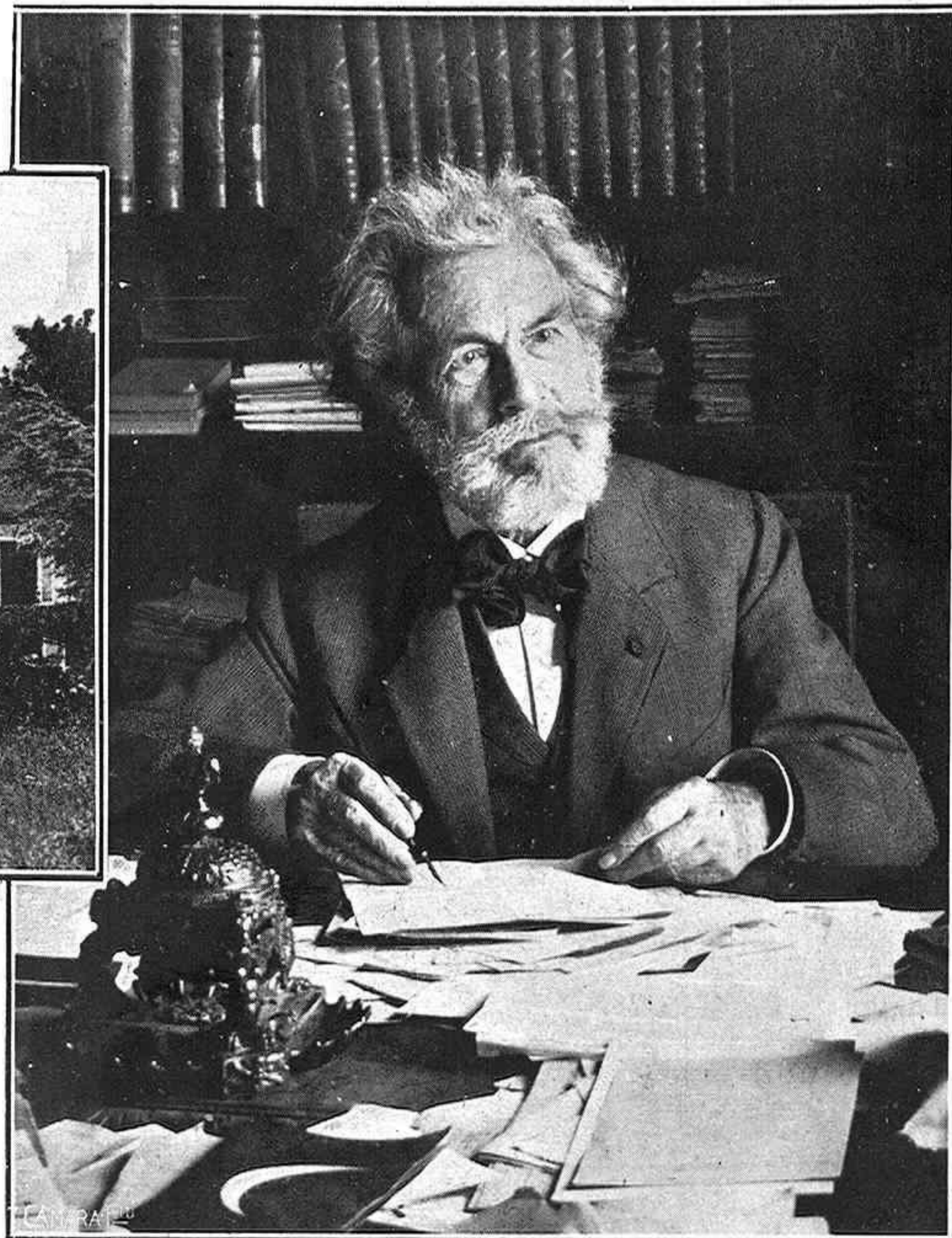


EN PARÍS

# HOMENAJE Á FLAMMARIÓN



El Observatorio Flammarion en Juvisy



Flammarion en su gabinete de trabajo

La Sociedad Astronómica de Francia ha rendido, el 14 de Junio último, un homenaje á su fundador, el célebre astrónomo Camilo Flammarion.

El acto se ha celebrado en el gran anfiteatro de la Sorbona, en París, en presencia del presidente del Consejo de Ministros francés, M. Poincaré; de los señores general Ferrié, vicepresidente de la Sociedad Astronómica; conde de la Beaume Pluvinel, ex presidente de la Sociedad; M. B. Baillaus, director del Observatorio de París; Paul Appell, rector de la Academia de París; conde de Gramont, y otros hombres de ciencia, amigos y admiradores del gran astrónomo.

Como es de suponer, el acto ha revestido un carácter altamente científico, desarrollándose con los siguientes temas:

*Alocución*, por el Príncipe Bonaparte, presidente de la Sociedad Astronómica de Francia.—*La obra de Camilo Flammarion*, por M. Guillaume, director de la Oficina Internacional de Pesas y Medidas.—*El Hombre y la ciencia del Cielo desde las llanuras de Caldea hasta el observatorio del monte Wilson*, por M. Painlevé.—*Alocución de M. Flammarion*, por film parlante.

Las conferencias han sido ilustradas con proyecciones de las más bellas fotografías del Cielo, por M. Bosler; y la casa Gaumont ha proyectado dispositivas y films en colores, reproduciendo hermosos espectáculos de la Naturaleza.

La música de la Guardia Republicana ha amenizado la velada.

El público, que llenaba totalmente el local, ha prodigado ovaciones delirantes al más artista de sus hombres de ciencia: al universal Camilo Flammarion, una de las más legítimas glorias de Francia.

ooo

Camilo Flammarion ha cumplido ochenta años de edad y es todavía un centro propulsor de energía que para sí quisieran muchos jóvenes de aspiraciones.

Trabaja quince horas diarias escribiendo sus libros, sus artículos, haciendo observaciones cotidianas en su Observatorio de Juvisy, estudiando siempre, leyendo y contestando á la innumerables cartas que recibe. Su mayor placer es trabajar. El misterio de su inmensa obra es su salud robusta, pues Flammarion la goza exuberante; y quien le ha visitado en estos últimos días, ha observado con asombro que el poeta astrónomo lee y escribe sin auxilio de lentes y con una seguridad de pulso que maravilla.

Pero su grande obra no podría cumplirse en toda su magnitud sin la colaboración de su esposa, Mme. Ga-

briela Camilo Flammarion, su admiradora de siempre y su colaboradora desde hace más de veinte años.

Casada con el ilustre hombre de ciencia en Septiembre de 1919, Mlle. Gabriela Renandot es astrónomo desde su nacimiento. Vió la primera luz cerca del Observatorio de Meudon, y cuando apenas se dió cuenta de su existencia, visitaba el Observatorio de París, comenzando su instrucción escolar en la casa del insigne sabio que más tarde había de ser su esposo.

Cuando estalló la guerra quiso servir á Francia como enfermera en el Hospital Marítimo de Cherburgo, profesión que hubo de abandonar por una incisión anatómica que comprometió gravemente su vida, y por la cual mereció la Medalla de Honor de las Epidemias.

Entonces se dedicó activamente á regularizar la marcha de la Sociedad Astronómica de Francia, encargándose de la publicación de su Boletín y de los múltiples trabajos de todos los secretarios que por causa de la gran guerra habían sido movilizados. Fueron estos años los más intensamente en las elevadas regiones del pensamiento, sin cuidarse de las excursiones nocturnas de los Gothas y del terrible bombardeo de los Berthas, que llevaban el luto á París.

Camilo Flammarion labora incesantemente, y con él su esposa, Gabriela Flammarion, en su Observatorio de Juvisy, morada histórica regalada al astrónomo por uno de sus apasionados admiradores, y en la cual Napoleón recibió la noticia de la capitulación de París el 30 de Marzo de 1814, y fué el punto de partida para los adioses de Fontainebleau.



M. y Mme. Camilo Flammarion en el Parque del Observatorio de Juvisy

PIGMALION

## ANDALUCÍA

## EL SUEÑO DE SAN JUAN



En la casita humilde, más limpia que un lucero, de la *señá* María, se notaba un correr y un brincar que era un derroche de contento... Contagiaba la anciana. Tenía cara de encanto. Le reían los ojos, y en el cuerpo sentía un temblor de expansión... Ni un minuto pisaba el mismo sitio. En un cuarto apartado de la casa, recibía entradas frecuentes. Cada vez que llegaba, hacía un nuevo gesto de ventura. Era

no tenía á quien hablarle, y dirigíase al diablo, á quien le descubrimos los secretos cuando nos vemos solos.

—Vale una mina esta *Canela*. Daría antes que á ella un ojo de la cara...

En el ir y venir no perdía un segundo. Hacía sus menesteres. Ya limpiaba los cuadros, como barría el suelo; igual doraba el cobre de la cocina, que recogía los desperdicios de verduras para sus animales. ¡Oh, qué mañana! Porque veíase obligada á armonizar tanto quehacer con las entradas en el cuarto. No podía descuidarse...

Ya próximo á las doce era la casa una jaulita fresca, llena de aseo y plena de sol. Y la preocupación se reducía á dos cuidados: á las entradas y salidas que la traían loca y al miramiento del almuerzo. Ojeadas á éste, y ojeadas al cuarto. Un espurreo de sal á la cazuela, y algunas bendiciones á los recién nacidos.

—¡Siete ya! Esta *Canela* es un tesoro... ¡Cuando venga Antoñita!...

Poco podía tardar la muchacha invocada, única hija de la *señá* María... No viene á qué, pero sería irreverencia el no decirlo. La muchacha es muy linda, mucho, bastante más que una *pintura de museo*... Cosía en un taller, y se pa-

saba la mañana, como después la tarde, fuera de su casita... Por la mañana volvía á las doce. Y he aquí que, al punto de ser nombrada, el reloj parroquial lanzó la hora del mediodía. Igual que las campanas, que á esta hora enloquecen, bulliciosas y alegres, comenzó á voltearle el corazón á la vieja adorable. Le creció la inquietud y el regocijo.

—¡Ay, mi Antonia, qué sorpresa te guardo! Chiquilla, no me tardes...

Oiría Antonia, la moza peregrina, que presentóse. Con rosas en la cara, brillantez en los ojos y nervios y donaire en el andar, entró en su casa, requiriendo á la vieja para alegrarle el alma con un beso. Pero no la dejaron. No quiso la caricia quien la pedía diariamente. «Había otra cosa antes...»

—¡Corre, chiquilla, corre!

Penetraron las dos en el cuartito, ya Antonia más alegre que la madre. Presentía la verdad.

—¡Mira, chiquilla; mira qué encanto!

En la mocita dulce fué un grito de sorpresa íntimamente grata, y en la madre un reír de bendición. Esto al momento, casi á la par que alzó la vieja un paño fino que cubría un ancho cesto de caña, dentro del cual, sobre un áspero lecho de granzones, daban sus lentos aleteos iniciales siete ricos pollitos.

¡La de piropos que le llovieron á la *Canela*! Lo decían las dos mujeres: era un tesoro... Dos yuecas más que había cuidado *señá* María fueron unas *pavonas*. La primera, muy blanca, de nueve huevos empolló uno, y tres la otra, negra como el pelo de Antonia, que era, á la vez, negro como la tinta y como sus ojos. La buena, la valiente, había sido la última, de un *canela* chillon, cuyo color, para las amas, sirvió de nombre.

—¡Bendita seas, *Canela*!

—El que tenga tu pelo, cí que más te parezca, so gitana—le decía la mocita—, ese lo elijo yo pa mí. Te lo tendré como si fuera un rey.

Aquel día feliz no quedó en el taller, como en el barrio, alma que no supiese la heroicidad de la *Canela*. Hija y madre se convirtieron en pregoneras de su bondad. «Era un tesoro!...»

ooo

Días después. Un día de Junio, de un calor asfixiante. Hora de siesta, en la que ni los amantes sienten ganas de amar. Las calles ni respiran...; tienen también la siesta perezosa en el silencio... *Señá* María, en su casita, se halla, no obstante, vivaracha y jocunda; ágil, dispuesta y afanosa. Se encuentra sola, con sus pollitos y un canario holandés de un amarillo delicado. Este canta sin miedo...

*Señá* María tiene la casa con la fachada al Sur, y desde el mediodía goza de hermosa sombra, fresca por el aseo que predomina dentro. Sobre todo, en la reja, donde la espuma grana de unos claveles crespos invita á desechar toda molesta desazón. Estar frente á estas flores, es vivir sin pesares y en un ansia constante de hallarlo todo bien y sonriente. Vese, además, la reja resguardada por un larga cortina de lienzo azul con flecos de un teno más suave. No deja ver la calle. Y ésta, despechada quizá, queriendo hacer un daño, produce un beneficio no introduce en la casa su calor fastidioso. Gracias á todo esto, la simpática vieja se halla sentada al pie de su ventana, como si lo estuviese en un trono de reina seductor y encantado.

Cuida de sus pollitos. Pone en ello un amor hondamente inefable. El cesto en que los tiene

se lo ha puesto á la vera, y un platito de miga descansa en su regazo. Coge uno de los pollos, le piropea, le bendice y le da su alimento. Comen las aves en su amorosa palma de la mano. La que no se decide, *señá* María le abre el pico y se lo llena.

—Hay que tragar, hijito... Picarón, ¿no me quieres vivir? Hala, hala, bribonzuelo, sin ponerte cargante.

Todos así le comen lo que ella quiere... Tres días llevaba ya dejando para último al elegido

entonces... La cariñosa cuidadora, con mil apaños, no logró reanimarle. Se le quedó fija en los ojos...

—¡Qué apagaditos!...

Brotó en los suyos una humedad piadosa.

—¿Será posible?...

Recordó un mal que le dolió en el alma: *el sueño de San Juan*. En Junio, de este mal—dice el pueblo andaluz—mueren muchos pollitos.

—Moreno, ¿vas á morirte tú?...

Con un dolor igual le hubiese preguntado á

*Comino* había vuelto á picotear, á dar saltos de alegre coquetería...; pero, ficticiamente. Casi seguro que él fué el primer engañado... Cierta mañana, la misma de San Juan, á la par que su amita, vivaz y satisfecha, preguntaba por él, *Comino*, en un rincón de la casa, encogido y bufado, cerró los ojos en un instante triste de conclusión.

—Madre, ¿y *Comino*?...

Se buscaron un rato, atribuladas, las dos mujeres por un mortificante presentimiento. Al



por su Antonia. Era un pollito saltarín de un pelo igual al de su madre, al de la *Canela*. La mocita de casa, encantada con él, le había bautizado. Se llamaba *Comino*. Por ser el preferido de la moza, lo era, á la vez, de la ancianita dulce. Esta pensaba, más que en él, en el contento de su hija siempre que entraba en casa. Llegar, coger su pollo y comérselo á besos, todo era un solo instante.

—¡Mi *Comino*! ¡Qué lindo!...

La tarde en que encontramos á la bendita vieja dándole su ración á cada pollo, la cosa acabó triste. *Comino* no era el mismo... De siempre el más dispuesto, y el más alicaído aquella tarde. Siempre comió por cuenta propia, menos

un hijo bueno. Inconcebible, si se quiere; pero igual... Se moría con el pollo, si es que se le moría, unas llegadas locas, dulcemente orgullosas, de su única hija, hembra de quince años que valía un Potosí.

ooo

Se le murió uno... Se le murieron dos... *El sueño de San Juan*, odioso y diezmador, reducía cruelmente la graciosa pandilla... *Comino* no había muerto, y aún á la vieja le vivía la fruición. No quería á ninguno lo que á éste... ¡La impiedad del que elige! «Mientras nos viva el ídolo, que nos falte hasta el agua...»

Hay un momento, pues, que lo nivela todo...

fin le vieron... Hija y madre lloraron de todo corazón.

—¡El sueño de San Juan!

—¡El sueño de San Juan!

—¡Maldito sea!...

En el corral, al pie de un jazminero, le enterró la mocita.

—¡Pobre *Comino*!... ¡Tan lindo!...

Lo supo el barrio entero, que sintió la desgracia. No hubo mujer, joven ó vieja, que no tuviese una maldición para el odioso *sueño de San Juan*. ¡Era el que les mataba los pollitos!

José TELLEZ MORENO

DIBUJOS DE PENAGOS

# EL SALÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS

**V**ALE la pena de visitar las Exposiciones de Arte que actualmente se celebran en París?

En realidad, no sabríamos qué contestar.

Si lo que el visitante se propone es *curiosear*, ver simplemente lo expuesto, la respuesta es afirmativa. Si lo que pretende, por lo contrario, es hacerse cargo del espíritu de la época, de la atormentadora inquietud de los tiempos presentes, negativa en absoluto.

Concretándonos al Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes—pues de la Exposición Japonesa y del Salón de Artistas Franceses hablaremos otro día—, la impresión que se recibe, si se la visita con el ánimo anheloso de columbramiento, no puede ser más deplorable.

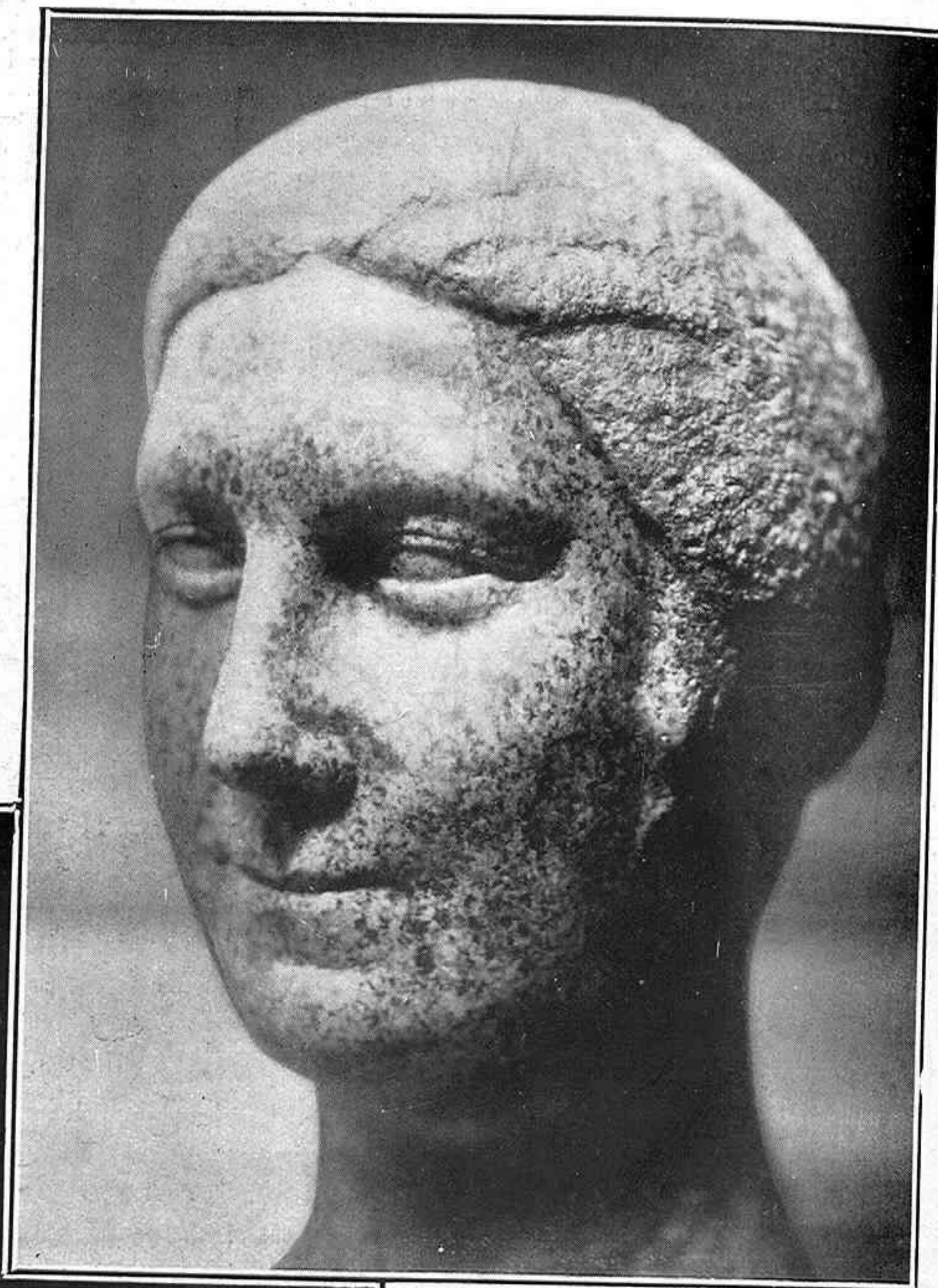
Había derecho á esperar que, después de la catástrofe que durante cuatro años ha conmovido al mundo, inmolando tantos millones de hombres ante el ara de la sinrazón, los artistas habrían reaccionado, ofreciéndonos en sus obras subsiguientes alguna nueva forma de emotividad, al amparo de nuevos ideales.

Pero, á fuerza de buscar uno y otro día en lo recóndito del mundo artístico, comenzamos á sentir la asfixia del ambiente, cuya mefítica densidad no vienen á ventilar aires renovadores.

Desolación completa. Nada que se parezca á un anhelo de concreción de un ideal.

¡Sólo el arte por el arte! Mas, ¿qué decimos? Ni siquiera eso: la obra por la obra.

¡Oh, el decaimiento que se apodera del espíritu á medida que se discurre por las salas invadidas por un público de la más completa heterogeneidad, snobista, aburrido, heteróclito y *feneante*, compendio de la farsa, farsante del interés comprensivo... en los días de barnizaje.



«Busto de Mlle. X», en diorita verde, talla directa de Mateo Hernández



«Libertad», estatua de José Clará, que coronará el monumento á D. José Victorino Lastarria, en Santiago de Chile

Contemplando esta muchedumbre inexpresiva, apagada, que asiste al espectáculo de la Exposición con la misma curiosa frialdad que á cualquiera otro, se comprende la inanidad de las obras de arte que el recinto contiene. Es para este público para el que los artistas trabajan, al que pretenden agradar; y, ¿cómo habrían de tener alas en el espíritu, si el señor á quien sirven tiene los pies pegados á la tierra?

Nosotros sentimos el impulso irresistible de preguntar á muchos de los autores de obras expuestas:

—¿Qué quiere usted decir con ese cuadro, con esa escultura?

Y sólo nos impide hacerlo la absoluta seguridad que tenemos de que no sabrían qué replicar. No saben lo que quieren decir con la obra, porque nada tienen que decir, porque á ninguna *responsividad* de su espíritu frente al mundo exterior obedece, á ninguna necesidad de su mundo interior responde. He ahí la obra: la han hecho..., mas no la han creado...; y la han hecho, porque... sí.

Lo cual acusa una falta de sensibilidad tanto más imperdonable cuanto más sensible es la época en que se vive. Triste es comprobarlo; mas el hecho es que cada día nos vamos convenciendo con mayor razón de la falta de sensibilidad de los artistas pictóricos y escultóricos; por lo menos de los occidentales, pues hacemos salvedad de los rusos.

Esta falta de sensibilidad se origina, á nuestro entender, en una falta de percepción. Pintores y escultores son generalmente personas de muy escasa cultura y de un absurdo desinterés de cuanto no sea lo suyo. Con tales deficiencias quedan prisioneros de la dificultad técnica y sier-

vos de los instrumentos materiales de trabajo.

Ignoran que cada día que transcurre se avanza un paso hacia la comunidad de todos los bienes humanos: goces del espíritu como productos del trabajo; y en vez de trabajar para todos, trabajan para uno: el presunto comprador. De donde, en vez de la obra para muchos, capaz de ser admirada por muchos, que fuera como un poema ó una sinfonía, se produce la obra para uno solo, ese presunto comprador, lleno de vanidad en su potencia económica y á quien las obras de tendencia humana, universalista, preñadas de ideal, no pueden agradar al recordarle que uno nada es y todos lo son todo.

De aquí el cuadrado ó la estatuita que á nada aspiran, que nada significan y que parecen esforzarse en no desentonar, como si hubiera también una urbanidad artística que abriese las puertas de las casas poderosas.

Los artistas, pintores y escultores, circunscriptos por la limitación de los medios de trabajo y de las materias sobre las que actúan, apenas si se preocupan en ir más allá de vencer los trabajos que éstas y aquéllos les imponen. Con lo cual consiguen ser tenidos en estima por «la manera como hacen», «la técnica que emplean», «la facilidad con que resuelven», frases netamente características del lenguaje artístico, que nada tienen que ver con la concepción de la obra, muy poco con su significación y menos con su finalidad: los tres fenómenos de la realización artística que ante todo y sobre todo deben preocupar y guiar al artista.

En este secundario (á nuestro entender) dominio de la técnica pueden notarse, sin embargo, innovaciones y renacimientos felices en la Exposición á que aludimos.

Sólo en la sección de Escultura son apreciables, y justo motivo de orgullo es para nosotros, que sea un español quien la acaudilla. Nos referimos á la talla directa y á Mateo Hernández.

Aun cuando muy poco ha expuesto en ella Hernández—una pequeña otaria y un grupo de dos, mayores—, el gran prestigio que le precede de anteriores Exposiciones hace que sean con mucho interés vistas sus obras, especialmente la pequeña otaria, la cual despierta gran admiración.

Y ciertamente la merece. No cabe mayor sencillez y, al propio tiempo, justeza, perfección y elegancia. Pudiera decirse que Hernández la ha cincelado de una manera poética y cadenciosa, circunscripta en el volumen de su pequeño bloque, como un poeta de ingenio que se hubiese propuesto hacer su minuciosa descripción en una décima ó en un soneto.

Toda la vivacidad, todo el nervioso dinamismo del animal adquieren extraordinaria vida plástica en la obra de Hernández. No la hubie-



«La madre y el niño», obra en granito de José de Creeft



«Pequeña otaria», obra en granito negro de Mateo Hernández

ra hecho mejor un orfebre; no la habría prestado más vibración la mano de otro escultor, moldeándola en cera ó pastelina, con los pulgares que acarician, bajo cuya presión la forma se doblaba, desaparece, se funde y vuelve á surgir, como un tritón entre las ondas.

El pulgar de Hernández es de acero.

Es de acero y se clava, cantarín, á los golpes del mazo, también de acero, denso y pesado, en la diorita verde, en el granito negro y rosa, en el pórvido azulado; y el duro bloque se desgaja, brotando cientos de chispas á cada mordisco del cincel, como ayes que la materia lanza, y va surgiendo la forma poco á poco, lenta y severa, pura y cauta al conjuro de una mano que un temple exquisito impulsa, ritmo y contiene; va apareciendo la forma, en el más duro pórvido, capa tras capa, de las sombras de la materia, como de las sombras de la noche, lentamente, capa tras capa de luz, va apareciendo el alba.

Nosotros hemos visto trabajar á Hernández y hemos sentido esta emoción profunda, contemplando al hombre que, frente al modelo, ataca la más dura roca, la besa con los sonoros besos del cincel y engendra el rostro sonriente ó el cuerpo voluptuoso; como el hombre que engendrara una corriente vital con sus labios y fuera polarizándola en el hijo que, en las entrañas de la madre, la recibiese canalizada desde los más distantes poros, abiertos en los miembros al choque de los besos.

Y Hernández, que no se da cuenta de que realiza una obra extraordinaria, sigue trabajando modestamente, borrándose tras de sus obras, que ni siquiera firma, pero que llevan la marca indeleble de sus manos.

Hernández no es solo entre los españoles.

José de Creeft, un escultor de gran talento que hasta ahora se había dedicado á la escultura frívola, por consejo de Hernández ha seguido sus huellas y ha logrado en muy breve tiempo adquirir también un gran dominio de las materias más duras, por medio de la talla directa.

Las tres obras que ha expuesto están obteniendo también un éxito de mucha consideración.

Entre los otros escultores españoles merece señalada mención José Clará, con su estatua *Libertad* para coronación de un monumento en Chile. Está animada de impetuoso movimiento, y tiene volúmenes perfectamente equilibrados en algunas regiones del cuerpo, como el tórax. Aquí Clará parece haber abandonado un poco la escultura estética que hasta ahora había cultivado con preferencia. De desear es que en la de ahora alcance los éxitos que en la otra, cosa nada difícil para un artista de sus méritos y cualidades.

Mariano ALARCÓN

Paris, Mayo 1922

## LA PARÁBOLA DE LOS FRUTOS VERDES

ANTE las pupilas de zafiro, de azabache ó de peridoto, abriáanse siempre las avenidas bordeadas de cipreses del jardín. Los laureles rosas, recortados, formaban peregrinos boscajes, y de los macizos de rosales en flor surgían las desnudas deidades de mármol. En las plazuelas cantaban las fontanas ante los pabellones de mármol rosa y transparente ágata; las aves suntuosas y extrañas paseaban por los parterres la pompa fastuosa y banal de sus colas de orfebrería; albos cisnes se deslizaban silenciosos por el espejo encantado de un estanque; y al fondo, tras el templo de la Diosa, se veía rielar el mar azul surcado por las tirrenes de velas de lino y púrpura.

La Naturaleza tenía allí una calma grave y serena; los amaneceres de jade y malaquita poseían una gracia joven, saludada por el canto victorioso de los pájaros; y los atardeceres, de oro, cobre, amatista y topacio, á su vez, una melancolía lírica y apasionada.

Era un *jardín de amor*; y las vírgenes, prisioneras entre sus altos muros, esperaban al *Esposo*. *El* tenía que llegar en busca de la amada, en busca de la que hubiese sabido esperar genuflexa ante el misterio del tabernáculo, cándida y jubilosa, toda asoleada de amor, dorada de gracia, ungida de alegría como de santo óleo.

En las tardes serenas, mientras las velas se mecían sobre las olas de plata del mar, hablaban *del que había de venir*; y ante el gran misterio, el susurro de sus voces era como el arrullo de las tórtolas en la enramada.

Aglae, la de las caderas de ánfora, decía:

—Mi amado será rubio como las mieses. Sus cabellos de seda se rizarán como caracolillos, y sus ojos sabrán mirar dulces y amorosos. Sus labios tendrán el gusto acre y fresco de las cerezas.

Crisis, la de los ojos de uva y los labios coralinos, oponía:

—El mío tendrá el perfil de las aves de presa, y sus cabellos serán como las alas del cuervo. Sus ojos habrán robado sus tinieblas á la noche y su fulgor á los relámpagos. Cuando me mire, temblaré como la hoja sacudida por el viento ó como el pajarillo á quien sorprende la tormenta. Si su mano me acaricia el hombro, me doblaré á su peso como la rama demasiado cargada de frutos.

—El elegido de mi alma—suspiraba María—



no tendrá ni la alegría nueva de la aurora ni la torva grandeza de la noche, sino la serena fuerza del mediodía. En su gesto habrá la calma definitiva de los gestos eternos, y sus palabras serán graves y llenas de nobleza. No será ni como el pájaro que se posa en la rama, ni como el fruto que dobla el árbol; será el maestro que guía, el rey que gobierna.

Los días se deslizaban para las vírgenes prisioneras monótonos como las notas de una sinfonía inacabable. A los cielos de gasa gris sucedían las noches bruñidas y los pálidos oros y los nácares que hacían del firmamento el interior de una inmensa concha. Y así, las rosas sucedieron á los claveles, los crisantemos á las rosas, las violetas á los crisantemos y los jacintos á las violetas.

Y las vírgenes esperaban inútilmente al amado, que no acababa de llegar.

Entonces, las más impacientes pensaron en salir en sus busca para brindarle sus mejores frutos.

«El esperado llegará con la primavera, cuando canten los ruiseñores y florezcan los rosales; cuando los crepúsculos son de oro y en el ambiente hay una tibia dulzura de amor. *El* no puede amar los días fríos y plomizos del otoño, las tardes glaciales del invierno, ni las largas noches en que aullan los lobos y ruge el huracán. Amará las cosas jóvenes y alegres, y el dolor y la tristeza le serán extraños. Huirá de las puertas tras las que se cobija el sufrimiento.»

«Vendrá sediento», murmuraban unas, mien-

tras cargaban en sus cestillos las cerezas maduras y los melocotones de terciopelo.

«Traerá hambre, y la debilidad hará más largo su camino», pensaron otras, mientras en las bandejas de oro acondicionaban las uvas y las ciruelas.

Y envueltas en sus gasas rojas, anaranjadas, verdes, violetas, azules, rieladas de oro, de plata, de perlas, de esmeraldas y rubíes, con su paso aéreo, danzante, caminaron por las veredas blancas, llevando en alto los dones frutales.

Ya fuera del jardín esperaron al *Esposo*. Sentadas sobre las silvestres florecillas se espolvorearon de oro los cabellos, y con ayuda de los bruñidos espejos de plata se ungieron de aceites y perfumes. Luego rieron y cantaron. Después se contemplaron en la clara linfa de los arroyuelos, y con los dientes de marfil mordieron

la roja pulpa de los sabrosos frutos.

Y el esposo no llegaba.

Corrieron por los trigales y cortaron el racimo de la vid. Al fin, cansadas, se sentaron. El sol y el agua ajaron sus galas; los frutos se pudrieron en los canastillos de dorados mimbres, y los gusanos anidaron en ellos. Cansadas de la larga espera, las vírgenes, impacientes, se durmieron.

ooo

En las postrimerías del otoño llegó el *Esposo*. El largo caminar le había cortado. Traía hambre y sed y afán de la *elegida*.

A la puerta del *jardín del amor* halló á las vírgenes dormidas, ajadas y marchitas, oprimiendo los cestillos cargados de frutos podridos. Sonrió ante las vírgenes que habían rodado por todos los caminos, mostrándose sin recato á los viandantes y brindado sus frutos á todos los viajeros.

Pero en el jardín halló aún la virgen paciente que tenía guardados para él los frutos madurados en el recato de su huerto interior; la virgen humilde que había sabido aguardar al *Esposo* y guardar sus frutos para él, los frutos que ninguna mirada extranjera había profanado; la Virgen fuerte que no temió ni el dolor, ni el invierno, ni la soledad; que supo, por el contrario, preferirlas á las livianas risas del camino.

Avanzó hacia ella y la besó en la frente.

—¡Salve, oh, tú, llena de gracia!

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE BUJADOS

CUADROS  
CÉLEBRES

# El retrato de la Emperatriz Isabel

POR TIZIANO

ESTÁ sentada ante un cortinón carmesí. A lo lejos, tras el ventanal, se yergue una de esas montañas agrestes y escuetas de España, bajo un cielo encapotado. Una mano, tenue de puro blanco—¡oh, amables tópicos de los poetas: lirio, nieve, nardo!—, retiene la caída del cinturón de oro. La otra sostiene el pequeño breviario de góticas iniciales bermejas. Pero le sostiene nada más; porque los ojos azules, alma de aquel rostro pálido, afilado, suprema y delicadamente bello, están absortos bajo una suave inquietud, distraídos por un amoroso abatimiento. Tan absortos, que ni siquiera se inmutará cuando ante ella, con la galanura de los pajes antiguos, os rindáis en cortesana reverencia.

Entre todos los retratos de princesas que tienen el rubio encanto pagano de las madonas italianas, la afectada gracia de las reinas francesas ó la altivez severa de las infantas españolas: esas mujeres que traen hasta nosotros el perfume de otro tiempo, lleno de elegancias, y á quienes representan sosteniendo en la mano un guante ó una rosa, ¡cuán amable nuestra señora la Emperatriz con su dulce tristeza y su suave é inquieta obsesión mística!

Miradla. Entre el bullicio cortesano ha logrado un momento de reposo y recogimiento. En las antecámaras, como una exquisita esencia de juventud, vaga la risa de sus damas. Acaba de recibir noticias de su esposo y Rey Carlos V, aquel orgulloso César que reunía con la extraña melancolía de un hidalgo español la caballerescas aureola de un príncipe renacentista. Ahora mora en Italia—la Italia del siglo XVI—, donde Garcilaso rima sus sonetos y Don Juan prende en cárceles de amor á las damas napolitanas. Desde allí llegan el eco legendario de sus triunfos aventureros y las hablillas malévolas de sus infidelidades conyugales.

La Emperatriz, un poco turbada, ha penetrado en su aposento. Sobre el velludo rojo que cubre la mesa ha buscado con mano distraída un libro que entretenga sus cuidados en esta tibia hora crepuscular. Un momento ha estado tentada de coger un grueso volumen donde se narra la historia de un caballero andante: Palmerín de Inglaterra ó el Caballero del Febo. Pero una inquietante imagen de tentación ha acudido de pronto á su memoria; su mano ha aleteado trémula sobre el pecho trazando la señal de la cruz..., y se ha decidido por el breviario, que intenta leer sentada junto á la ventana. Se comprende bien este misticismo de las mujeres, máxime si son nobles y españolas. ¡Pero son tan monótonas las oraciones siempre iguales! Y por otra parte, aquella ausencia del esposo, ocupado en lides guerreras ó en aventuras amorosas; aquel volar de la paloma de su alma..., y aquel duque de Gandía, tan apuesto, tan gentil, tan ceremonioso, cuyo turbador recuerdo quiere en vano espantar con el rezo...

Es siempre el amor humano á lo divino; el amor que pretende ahogar esa roja llama que oscila en las almas en esta tierra mística de España, donde no se comprende la vida por la vida, sino para más ulteriores consecuencias. Y en esta lucha interior, en este espiritual combate entre un deseo, nacido apenas en el pensamiento, y una inquietud religiosa que espera apagarle entre oraciones, nuestra señora la Emperatriz se ha quedado absorta. Así nos la representa este lienzo maravilloso.



Doña Isabel de Portugal

## GROTESCOS

(De VERLAINE)

Sus piernas por toda montura,  
sin más fortuna que sus sueños,  
por las sendas de la aventura  
van haraposos y cenceños.

Furioso el sabio les arenga,  
les tiene lástima el cretino,  
los chicos les sacan la lengua  
y huye el amor de su camino.

Dan sus siniestras cataduras  
pavor á las gentes sencillas,  
como las horribidas figuras  
de una espantosa pesadilla.

Lloran sus guitarras un canto  
rebelde de desesperanza,  
y muchas veces rompe el llanto  
sus vitornelos de añoranza.

Sueñan con cosas eternas  
sus tristes pupilas inciertas,  
y evocan á las ancestrales  
deidades y las glorias muertas.

Malditos y desesperados  
siguen su vivir errabundo;  
para ellos siempre están cerrados  
todos los edenes del mundo.

La Naturaleza se alía  
al hombre, contra su importuna  
y orgullosa melancolía  
de ir siempre mirando á la luna.

Dengan en ellos el pecado  
de soñar siempre sin medida;  
todas sus glorias se han frustrado  
al rudo choque de la vida.

Junio les quema, y les araña!  
Diciembre con rachas glaciales;  
tienen siempre una fiebre extraña,  
y les destrozan los zarzales.

Y cuando al fin siegue la Muerte  
sus días malditos y acerbos,  
despreciarán su cuerpo inerte  
hasta los lobos y los cuervos.

Traducción de E. CARRÉRE

¡Melancolía divina! Yo quisiera decirlo en versos de algún poeta, siquiera fuese éste Campoamor, que por cierto trata á la Emperatriz con aquella burguesía apacible y aquella sencillez casera con que hablaba á «las hijas de las madres que amó tanto»:

«A través de un gentil sonambulismo,  
se juzga de Lombay enamorada  
(y amar ó creer amar todo es lo mismo),  
y cada vez que su extravío nota,  
más que amante devota,  
con conciencia intranquila,  
haciendo cruces la inocente, agota  
toda el agua bendita de la pila.  
¡Oh, virtud adorable  
que se cree abominable  
porque ama á un ser en la región del viento,  
Que me conteste el juez más implacable:  
¿Es crimen ser infiel del pensamiento?»

Isabel de Portugal muere á los treinta y seis años; y ante su cadáver, el duque de Gandía profesa. ¡Añeja y dulce historia á la española! Y Tiziano lo ha sentido admirablemente, no sólo en la vagarosa figura de la Emperatriz y en las azules gemas apagadas de sus ojos, sino en el paisaje. Tras de la ventana no vemos, como en otros cuadros suyos, el parque delicioso, lleno de graciosos mármoles paganos, donde vagan los corzos y los pavos reales, y pasean enlazadas por el talle las siluetas románticas de unos novios; se ve un monte agreste y escueto, una de esas crestas de la raza aventurera. ¡Oh, montes que atravesara Mío Cid en lid con los moros; montaña en la que escribiera Arias Montano; peña de la escondida sierra en que hiciera Don Quijote penitencia de amor!

El atavismo de la raza fuerte, ensoñadora, dramática—este atavismo contra cuyo resurgir luchamos vanamente—, despierta ante este lienzo prodigioso, que tiene la melancolía de uno de esos crepúsculos en que un venticillo imperceptible aviva las llamas espirituales y agita con fantásticas figuraciones los pliegues del tapiz.

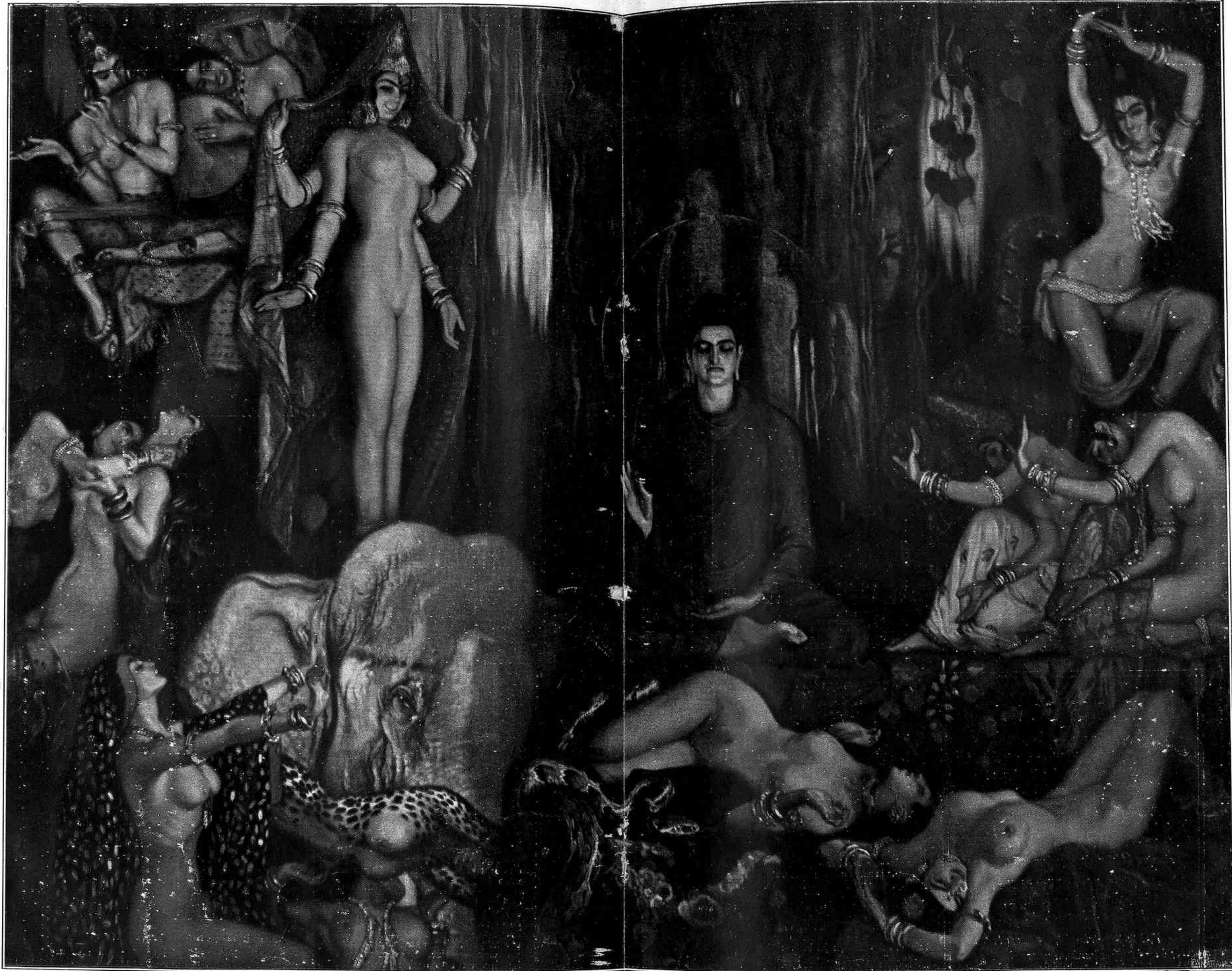
Porque Isabel de Portugal es como nuestras mujeres españolas, como nuestras mujeres castellanas: llenas de señorial gravedad y de religiosa unción, elegantes por abolengo, sin más perfume que el de su propia honestidad; recatadas, fieles y discretas, sin más ciencia que las páginas del breviario y las romancescas historias de los caballeros vencedores de dragones.

Isabel de Portugal es picaresca y dulce como Doña Endrina, la traviesa dueña que amó el Arcipreste; romántica y novelesca, como Melibea, la de los ojos verdes y rasgados; trágica y excelsa como la reina Doña Juana, que padeció locura de amor, é iba por los caminos de Castilla acompañando el cadáver de su esposo, entre el bermejo flamear de las antorchas y el canto grave é isócrono de los clérigos, con el índice en los labios y la mano en el brial, acallando el ruido de las haldas, para que no despertara al amado...

¡Isabel de Portugal es como estas mujeres de la raza que cuando sienten á don Amor llamando á las bardas del huerto entran en tentación de gustar el ácido y deleitoso fruto; que pasean por la floresta con su enamorado Calixto, bajo la plata de la luna; que saben, como Francesca, condenarse envueltas en la ardiente llamarada de un trágico beso de amor!...

EMILIO GARCIA GOMEZ

# DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL



LA TENTACION DE BUDA

Cuadro de Eduardo Chicharro, que ha obtenido, por sufragio de los artistas españoles, la Medalla de Honor



# EL PUEBLO DE DOROTEA



ESTA preciosa fotografía de Paramount es una estampa clásica. La bellísima actriz miss Evelyn Brent, subida en un borriquito, á la vera de dos artistas, sus amigos, que peregrinan por los pueblos españoles en busca de emociones fuertes, parece la silueta de una mujer de Romero de Torres. Y el pueblecito, que se extiende á los pies de miss Evelyn, tiene una luminosidad cristalina y la pureza de una madrugada de Mayo. En el altozano, la ermita; ringleras de olmos en la lejanía, casitas blancas, una torre mudéjar, este pueblecito andaluz tiene los hechizos todos de la «leyenda española», y nunca pudiera escoger miss Evelyn más hermoso escenario para sus *boutades* americanas del *Spanish Jade*.

Estos pueblecitos de España—catalanes, valencianos, manchegos, castellanos, leoneses, extremeños ó andaluces—son más evocadores que sus ciudades viejas y legendarias. En este pueblo andaluz puede nacer muy bien Dorotea, la Infanta Micomicona de nuestra novela inmortal. Las casonas anchas, blanqueadas, que aguantan el resol de todo el día, son casas de labrador. En esas casonas hay cuadras, corrales, cocinas de manzana, bodegas de vino, lagares de aceite, en los pisos bajos. Y en la estancia principal las doncellas entretienen sus ocios con la aguja, la almohadilla ó la rueca. Si las doncellas son principales é hidalgas, recrean el ánimo, bien con la lectura de libros devotos, bien tocando el arpa, porque, como muy bien encarece Miguel de Cervantes, «la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu». Y el arpa es el comentario más dulce á las palabras de amor, y la aguja á sus silencios, devaneos y fantasías. Las doncellas de estos pueblos—como Dorotea—van con el alba á la misa de la ermita que está en el altozano; pasean por las tardes, á la hora de la fresca, por los huer-

tos y alamedas que enciñan el pueblecito; se acuestan por la noche al toque de oración, á la hora misma en que se recogen los bueyes bajo las tenadas. Pero no duermen; sueñan. Hay rejas en los pisos bajos, y por las calles rondan, con el guitarrico y sin más armas que el bordón y las coplas, los galanes. A las diez, á las

once, se rasga el silencio profundo de estos pueblecitos, y las mozas se asoman á la ventana:

Rosa: si no te cogí,  
fué porque no me dió gana.  
Al pie de un rosal dormí,  
y rosas tuve por cama;  
por cabecera, un jazmín.

Estos pueblecitos, á los cuales se asoma la encantadora miss Evelyn en sus excursiones por España, son los amados por nuestros grandes ingenios. Fray Antonio de Guevara, el sabio obispo de Mondoñedo, no se cansa de loarlos á cada momento. Cervantes hace surgir de estos rosales á claveles tan lindos y tan fragantes como Dorotea, como Lucinda, como la pastora Marcela. Lope de Vega y Tirso de Molina buscan el marco de la Vera, de Olmedo, de Plasencia, para sus más lozanas figuras de mujer. Pereda nos muestra el regusto ácido y agreste de sus flores salvajes. Valera hace dialogar en estos pueblos á Juanita la Larga, á Pepita, la de los ojos verdes, y á D. Luis, el estudiante. Los hombres urbanos, un poco cansados del urbanismo y de sus complicaciones, prefieren la mesa humilde, la loza de Alba bien labrada—como el fraile Agustino—, el beso sonoro, el rostro colorado, la palabra ingenua y el casto y sencillo mirar de unos ojos grandes.

Y hay en estas niñas como la transfusión de la luz, del silencio y de la calma del ambiente donde han creado sus primeros sueños. Su figura no es otra cosa que la encarnación de su tierra en un cuerpo de mocita. La misma miss Evelyn ya hemos dicho que parece enteramente, en esta linda estampa que comentamos, no una neoyorkina complicada, sino una chavala de Romero de Torres, abstraída en el ritmo de la copla que compone para ella su galán.

## ERES...

*Eres la idealidad esplendorosa  
que inspira mis quiméricas canciones:  
las que hablan de doradas ilusiones  
y de los sueños de color de rosa.*

*Eres la aparición maravillosa  
de las inquietas horas de emociones;  
la Musa de las líricas creaciones,  
siempre ideal y siempre luminosa.*

*Con el prestigio real de tu belleza  
y el encanto de tu áurea gentileza,  
pasarás por la vida sonriente.*

*Y, á tu paso triunfal, las rosas bellas  
tu senda alfombrarán..., y las estrellas  
coronarán tu inmaculada frente.*

Eduardo de ORY

Cádiz, 1922

José SANCHEZ ROJAS

FOT. PARAMOUNT

# VIAJE A LA LUNA

La estancia, humildemente pequeña, está blanca de Luna. Es en la noche de un día estival cálido y pesado. En una cuna hay un niño cuyo cuerpecito breve se adivina bajo las sábanas tenues y cuya cabecita de rubias melenas, hundida en las almohadas, la ha mustiado una fiebre capitosa. Al lado de la cuna, de rodillas y reclinada sobre ella, está pálida de vigilia su madre, bella bajo el velo sombra de sus tristezas.

No hay más personajes; y ellos hablan así:

EL NIÑO.—Mamaíta...: dame la mano; no te vayas. Tengo mucho daño, aquí, en la cabeza; me hace bumbún... muy fuerte.

LA MADRE.—Duerme, monín, duerme; mamá no se va de tu lado. ¿Ves? Estaré siempre aquí, contigo, velando tu sueño como un hada.

EL NIÑO.—Me pesa; la frente me pesa mucho.

LA MADRE.—Es que tienes sueño; yo te cantaré bajito para que te duermas; te meceré poco á poco.

EL NIÑO.—No, no tengo sueño; tengo calor: abre el balcón; ábrelo del todo.

LA MADRE.—Ya está abierto, vidita. Pero la noche es calurosa y por eso no sientes el frescor del aire.

Cada mirada de la madre es una onda de ternura que envuelve al niño. Sin separarse de él, constantemente en vigilia, está ya tres días llena del dolor que le infunden los pesimismo del médico. Quisiera darle todo el corazón con sus besos á aquella vida pequeña, que se escapa, consumida por la fiebre...

—Duérmete, monín... Tu mamá te besa para arrancarte tu mal... Así, en la cabecita, para quitarte el bumbún... Duérmete...

Le mece balanceando poco á poco la cuna. Así él se duerme, y cuando ya está completamente rendido al sueño, la madre le deja quedito y le mira arrobada. ¡Si sus ternuras le salvaran!

ooo

El cansancio la ha vencido á ella.

Esquilmada de fatiga, se ha dormido, abatida la cabeza sobre la cuna infantil.

Y así sueña en su pequeño, que, atenazado de fiebre, va muriendo lentamente. Y su sueño es triste. Entre sus velos, la muerte sigilosa llega con sus pasos callados, que siente ella encima de su corazón; y se acerca hasta la cuna y toma al niño en sus brazos; ella lucha heroicamente para defender el tesoro único de su vida, que se lle-

van para siempre, y la muerte la vence y se lleva al niño; ella corre tras la muerte, implorando, tendiendo los brazos hacia su hijito...

Un quejido del pequeño, que ha despertado, rompe su pesadilla. Le mira: está él amapolado, los bracitos plegados sobre el pecho en un gesto dolorido.

—Vidita: ¿qué tienes?

La boca entreabierta y el respirar fatigoso, con los ojos despiertos, él mira á su madre sin mirarla, con una expresión velada y perdida.

—¡Tesoro, angelito!

El gesto del niño se concreta un momento y luego vuelve á hacerse difuso, como pregonando su agonizar.

La madre le toma en sus brazos; obsesada de pesadilla, no puede fijar sus ideas. ¿Sueña todavía? Su dolor se hace agudo, y estrecha al niño contra sí, como luchando aún con aquel fantasma de muerte que enfunebrece su soñar.

—Hermoso, mira: tu madre te tiene en sus brazos; nadie te robará. Eres mío todo.

Le dice así, sollozativa, miedosa, como frente á frente de una muerte que está próxima ya, y que va envolviendo al niño en las muselinas sombrías de sus velos...

ooo

Sobre los brazos del amanecer se ha dormido para siempre. Dolientemente llorosa, le-besa su madre, con delirio, como si quisiera reintegrarle á la vida.

Sus besos ciñen guiraldas de rosas al cuerpo muerto del niño.

En la estancia, humildemente pequeña, el

perfume de esos besos á los difusos claros del alba es como el alma de diminutas violetas votivas. En todo hay un silencio entrecortado de suspiros, y pasan solemnes las horas.

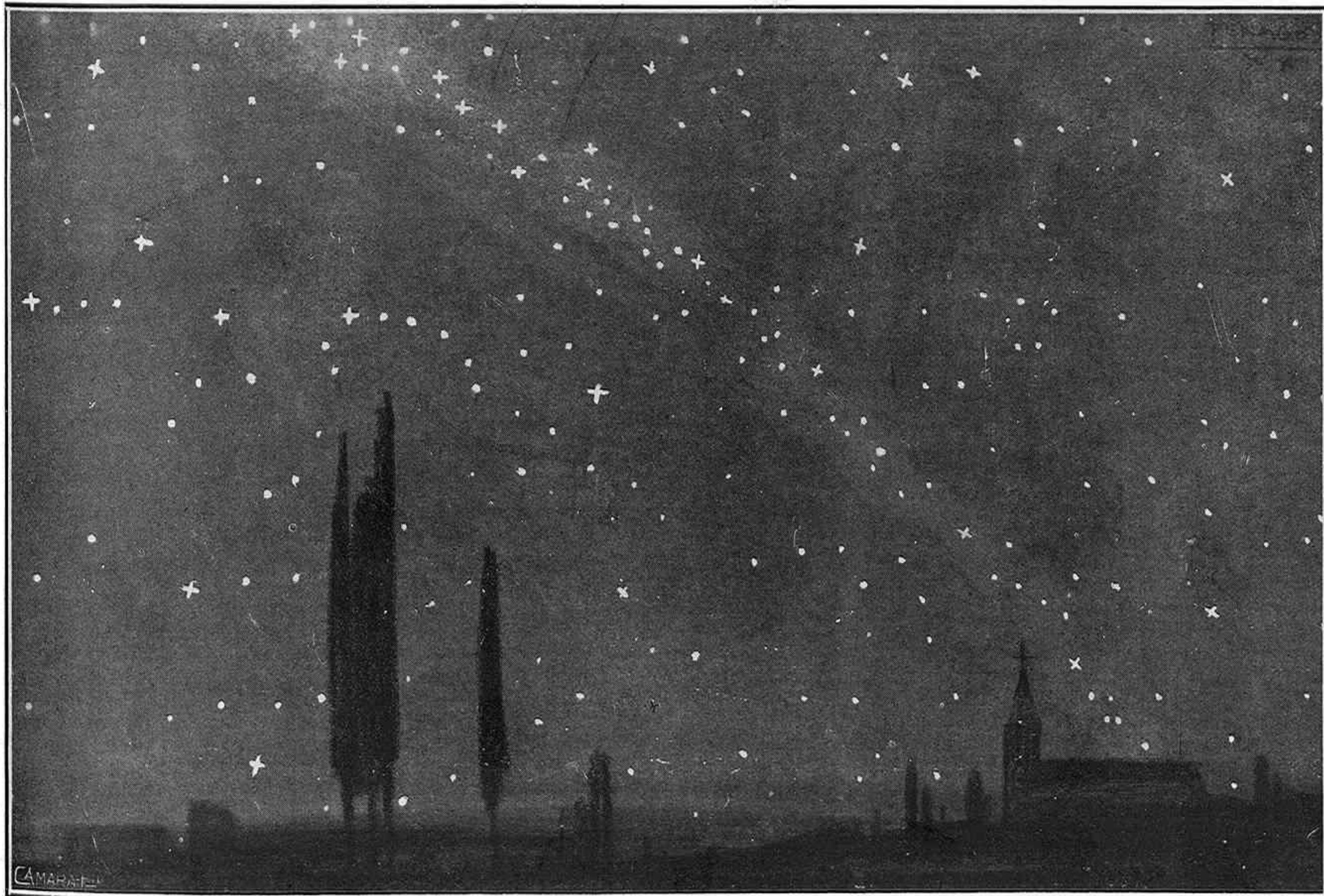
ooo

Un rayo de Luna, último y oblicuo, húmedo de amanecer, acaricia la frente del muertecito, cuyo espíritu, como una estrella pequeña, vuela hasta el Cielo para dormirse ya siempre en el seno de ese lirio celeste de las nocturnas utopías. Todos los niños amigos de la Luna, por la escalera de un ensueño, llegan hasta ella, cuando mueren. Y la Luna convierte en estrellas sus almas diminutas.

Así el Cielo, de noche, es claro á veces, y sonrío...

CHABÁS MARTÍ

DIBUJOS DE PENAGOS



CAMARAF

POR LOS SOLDADOS DE MARRUECOS

## UNA DAMA EJEMPLAR

ERAN las trágicas horas de Julio de 1921... Un día, desde los campos africanos, llegan á España noticias desesperadas, aún confusas; pero que dentro de su confusión y de su vaguedad transparentaban un algo hondamente doloroso... Un mediodía de aquel mes, la ardiente calma estival es rota por unas voces que pregonan números extraordinarios de los periódicos... En Marruecos, el desastre ha batido sus negras alas sobre las tropas españolas, y la traición ha puesto su rúbrica maldita sobre las vidas de nuestros soldados...

El desastre proyecta sus dolientes reflejos sobre España. Bajo la tremenda impresión de los primeros momentos, la opinión está como aniquilada por las noticias recibidas. El ambiente es tétrico y pesimista, más pesimista y más tétrico á medida que van conociéndose nuevos detalles y más precisos datos sobre lo ocurrido. El pueblo está deprimido; y las primeras horas que se suceden á las de los trágicos sucesos son de confusión, de desconcierto, de dolor... Y en aquel ambiente de hondo decaimiento espiritual parten las primeras tropas de auxilio á Marruecos...

Málaga, la ciudad riente del Mediterráneo, ve partir los primeros socorros á Marruecos. Un amanecer de Julio, cuando la capital reposaba en su sueño reparador, es roto el silencio del alba por los ritmos vibrantes de las trompetas y los tambores... Era el Regimiento de Borbón, que marchaba á toda celeridad hacia el puerto, donde un barco esperaba, pronto á zarpar para la tierra marroquí... Ha sido preparado todo tan rapidísimamente, que apenas pueden despedir á las tropas unos cuantos hombres...

Aquel día Málaga, cercana al teatro de los sucesos, ve partir más tropas... Pero los soldados pasan entre un silencio de muerte, porque las noticias que acerca de lo ocurrido iban de boca en boca parecían haber aniquilado toda la fuerza, todo el entusiasmo, todo el sentimiento del pueblo...

Pero al día siguiente la situación cambia de un modo absoluto. El decaimiento se trueca en entusiasmo y en energía; la tristeza se convierte en esperanza; sobre el dolor y el pesimismo triunfan la confianza, el calor patriota, la exaltación españolista que había de animar á nuestros soldados y conducirlos á la victoria... El dramático silencio anterior se trueca en un desbordante clamor de aliento y de esperanza, y las tropas que el día anterior partían en un mudo ambiente de agobio y de espanto, hoy marchan entre vítores frenéticos, aclamaciones ensordecedoras, despedidas clamorosas y optimistas...

Aquella súbita mudanza, que por su intensidad y su grandeza parece tener condiciones de milagro, se debe á un alma de mujer, noble, decidida y generosa, en la cual parecen renacer el temple y el espíritu que animaron á las gloriosas mujeres españolas de otros tiempos... Las mujeres han sido en esta campaña la nota bella, esperanzadora, nobilísima. Acaso, cuando el tiempo vaya tejiendo las redes del olvido sobre nuestros días, de la campaña marroquí no sean los nombres de caudillos y generales los que queden, sino los de algunas mujeres, de estas mujeres que han sabido hacer generosa ofrenda de su corazón para la patria entristecida y rota, que necesitaba para su consuelo y para su esperanza el calor de un corazón de mujer...

Aquella mujer observaba, desde su domicilio de la Alameda de Alfonso XIII, cómo entraban las tropas bajo la angustiosa impresión de los sucesos y cómo el pueblo permanecía anonadado. Ante aquello, la noble dama no pudo permanecer impasible, y pronto alentó en ella un propósito que en seguida se vió convertido en la más espléndida realidad.

Ayudada por su servidumbre, y, cuando con ella no tenía bastante, con gentes de la calle, instala con gran rapidez á la puerta de su domicilio (por donde forzosamente habían de pasar las tropas) un gran puesto donde los que marchan á Marruecos son magníficamente agasajados. Los cientos, los millares de soldados que durante varios meses desfilan ante la casa de la dama son obsequiados, para reponer el cansancio material del viaje, con café, dulces, bebidas, tabacos, con todo lo que pueda reanimar el

cuerpo del soldado. Pero no sólo la ilustre señora se limitaba á procurar por el beneficio material del soldado que iba á combatir á los territorios africanos; prodigaba también á los que pasaban ante su domicilio intensos consuelos espirituales y les regalaba con escapularios y medallas que fuesen como diminutos escudos de esperanza y de fe sobre el pecho de los soldados... Fué entonces cuando Málaga supo que tenía por huésped á un espíritu lleno de fervor patriótico, de altruismo, de altos sentimientos; supo que había un alma que se desprendía generosamente de cuantiosas sumas para hacer más agradable la partida de España á las tropas...



DOÑA MATILDE CIMIANO DE COMBET

Sorprendida la ciudad, sorprendida también la autoridad militar ante aquel continuo y magnífico rasgo de altruismo—duró todos los meses en que se llevó á efecto la salida de tropas—, quisieron los malagueños conocer el nombre de la que así se estaba comportando. El mismo gobernador quiso saberlo, y para ello tuvo que hacer varias visitas á aquel lugar, porque los encargados de obsequiar á la tropa tenían órdenes severas para no revelar el nombre de la filantrópica persona, que sabía unir á su condición de intenso altruismo su cualidad de modestia acendrada... Todos los esfuerzos por ocultar el nombre resultaron inútiles; al fin se supo quién era la dama aquella, y toda Málaga pudo rendir entonces el caluroso tributo de su admiración y de su gratitud á D.<sup>a</sup> Matilde Cimiano de Combet, que así se llama la dama ejemplar...

No paró en esto el esfuerzo entusiasta de ella. Llevada de su amor á España, se personó después en el muelle, y allí, con palabras henchidas de esperanza, de consuelo, de españolismo, alentaba á los expedicionarios y les imponía medallas y escapularios... A la puerta de su casa de la Alameda de Alfonso XIII fué donde se escucharon, vibrantes, apasionados, magníficos, los primeros vivas á España, al Rey, á Málaga... Y estos vivas, que nacieron y germinaron en aquel lugar, al calor de la obra realizada por D.<sup>a</sup> Matilde Cimiano, se repetían ahora clamorosamente, en delirantes explosiones de patriotismo, en los milles y sobre las bordas de los barcos...

Después, cuando á las precipitadas horas de la partida sucedieron los días ya más seguros, y dejaron de enviarse tropas á Marruecos, doña Matilde Cimiano de Combet no quiso cesar en

su obra de patriotismo. Antes, Málaga había sido el lugar de partida de los soldados para las tierras marroquíes; ahora, varios meses después del desastre, era el punto de llegada de los enfermos y heridos de la campaña. La bella ciudad mediterránea se convirtió en regazo para los que volvían á su patria con el sello del dolor sobre su carne, pero con el noble orgullo del deber cumplido sobre el corazón... Tanto en los hospitales como fuera de ellos, la labor llevada á cabo entonces por D.<sup>a</sup> Matilde Cimiano de Combet era realmente extraordinaria, merecedora de todos los elogios y digna de todas las recompensas... Fué entonces, cerca de los soldados que llegaban á reponerse, bálsamo para todas las heridas, amor para todos los dolores, consuelo para todos los sufrimientos... Tenía para aquellos valientes ternuras de madre; y ellos, con lágrimas en los ojos, apenas acertaban á agradecer con frases trémulas la piedad y el amor de aquella dama, que era como una sonrisa de bien y de cariño en el ambiente doloroso de los hospitales...

Desde el primer momento, S. M. la Reina Victoria la honró nombrándola vicepresidenta de la Cruz Roja; el Ayuntamiento la nombró hija adoptiva de Málaga, y las autoridades no daban ya un paso en favor de los soldados, ni lanzaban una iniciativa ni celebraban un acto sin contar con ella. Málaga entera se desbordó en veneración y agradecimiento ante aquella que antes, en los días luctuosos de Julio, sólo conocían por «la señora que convidaba á los soldados en la Alameda»..., porque entonces hacía muy pocos meses que ella había llegado á la ciudad y apenas tenía amistades...

En torno de ella se agruparon, unánimemente, los ferroviarios, para ayudarla en su labor. En el hospital que se improvisó en el edificio del Grupo Escolar Bergamín se reservaron unas salas donde la señora de Combet, auxiliada por los ferroviarios, atendía cuidadosamente á los soldados.

Hoy el pueblo de Málaga quiere rendir un efectivo homenaje de admiración y de gratitud á la insigne señora. Para ello, los ferroviarios de Andalucía y Sur de España han elevado hasta S. M. el Rey un documento, rubricado por millares de firmas, en que se hace demanda de un título de nobleza para la señora de Combet. A esta petición se ha adherido, naturalmente, el Ayuntamiento malagueño, y toda el alma de la ciudad mediterránea está también en este fervoroso deseo de tributar una muestra de agradecimiento á la filantrópica dama. Venciendo y saltando la modestia de ella—que en ningún modo quería hacer de su caridad cosa ruidosa ni con esperanza de premio alguno—, los ferroviarios, el Ayuntamiento, toda la ciudad de Málaga elevan á los Altos Poderes una justísima petición que todos esperan sea concedida. Con tal motivo, se ocupan ahora de esta demanda, de la señora de Combet y de su actuación humanitaria los periódicos de Málaga y de Madrid. Nosotros, desde estas columnas, nos adherimos cordialmente también á esta petición, por considerarla justa y merecedora de ser otorgada. Un título de nobleza debe ser el premio á la señora de Combet porque la actuación de ella ha sido eso: nobleza, nobleza honda é incansable, nobleza que ha puesto lágrimas de gratitud en todos los ojos, palabras de admiración en todos los labios y temblores de apasionado sentimiento en todas las almas... Y porque su labor ha sido un constante ejemplario de nobleza: nobleza en el patriotismo, nobleza en la caridad, nobleza en el sentimiento...; y porque nada más legítimo que un título de nobleza sobre la nobleza de su corazón; y porque el alma de ella es merecedora de los afectos más encendidos y los más altos premios, creemos que es de toda justicia conceder esta recompensa á la humanitaria labor realizada en días de incertidumbre y de luto por D.<sup>a</sup> Matilde Cimiano de Combet; por la dama que, con la nobilísima caridad de su espíritu, el españolismo vibrante de su pensamiento y el cariño intenso y generoso de todo su ser, ha sabido hacer que florezcan, sobre las sangrientas rosas de la guerra, que es el mal y es el dolor, las blancas rosas de la paz, que es el amor y es el bien...

NOTAS DEPORTIVAS  
**EL TIRO DE PICHÓN  
 EN CÓRDOBA**



Un aspecto de la terraza del «chalet» del Tiro de Pichón de Córdoba



El «chalet» de la Real Sociedad de Tiro de Pichón de Córdoba, recientemente inaugurado



El distinguido «sportman» malagueño Sr. Escobar, ganador del Gran Premio de Córdoba

En esta página aparecen recogidos gráficamente varios detalles relativos al Concurso de Tiro de Pichón que en fecha reciente se celebró en Córdoba. Fué organizado éste por la Real Sociedad de Tiro de Pichón, que existe, integrada por numerosos aristócratas, en la bellísima ciudad cordobesa. Se celebró el Concurso en una gran animación y extraordinaria alegría, realizada aún más intensamente por el esplendor de la primavera en Córdoba. Tomaron parte en las tiradas numerosos aristócratas, acreditados cumplidamente como expertos cultivadores de este deporte. Los premios fueron ganados por el señor Escobar, que obtuvo el Gran Premio de Córdoba; el Sr. Pérez de Guzmán, que consiguió la codiciada copa del Rey, y el Sr. Sotomayor, que alcanzó, además de la copa del marqués del Mérito, el premio de la Real Sociedad de Tiro de Pichón, que luego fué repartido entre los Sres. Pan, Alvear y Baena.



Un aspecto del «stand» del campo de Tiro



D. Francisco Sotomayor, ganador de la copa del marqués del Mérito y del premio de la Sociedad



El notable tirador onubense Sr. Pérez de Guzmán, que obtuvo en las tiradas la copa de S. M. el Rey

ESTAMPAS DE ANTAÑO

EL CIEGO DE LOS ROMANCES



**M**e parece que le veo como si le hubiese oído berrear á grito herido, torciendo grotescamente la boca y torciendo al cielo los ojos sin luz.

Antójaseme que por el entonces vivía yo en una populosa casa de vecindad, hermana de la famosísima de Tócame Roque, en aquel rinconcillo que hace la calle de la Esquadra para ir á encontrarse con la de la Primavera, y este ciego iba todos los sábados á recoger la limosna de las comadres, á cambio de coplas picantes y de relaciones milagreras. Si á la hora de esta tuviera delante no daría tan apretadas señas de él.

Traía por lazarillo un chicuelo apicarado, como de ocho á nueve años, del un ojo bizco y de no buena índole. La cabeza valíale por percha de un descomunal sombrero, que en tiempos lejanos hubo de dar prestancia á un portero de casa grande.

Amo y mozo anunciábanse desde la puerta de la calle con un ¡Ave María Purísima!, tan arrastrado y gangoso, que no le pronunciara con más garbo cualquiera hermana tornera de los infinitos conventos que á la sazón había en la Villa.

En pisando los picudos guijos del patio, rasgueaba un poco la corcusida vihuela y cantaba el Santo del día; si el bienaventurado era de los notables en la Corte Celestial, como San José, San Antonio ó San Pedro, cantaba á continuación un romance laudatorio de sus virtudes. Siendo el seráfico portento de Padua, no faltaba la relación de los pájaros amaestrados, en la que resaltaba, como un zafiro entre perlas, aquella estrofa que

Su padre era un caballero honrado, bueno y prudente, que mantenía su casa con el sudor de su frente.

Si alguna vecina estaba con angustias de madre, cantaba la oración de San Ramón, y si se lo pagaban alquilaba para el buen logro del

trance la milagrosa rosa de Jericó; si había alguna mocita opitada, ofrecíala, como remedio infalible para la detención de la naturaleza, un puñadito de tierra de Santo Domingo, desleída en agua de la fuente del Auro.

Después venía la tonada nueva, ó las seguidillas de *El Canario*, ó *El Arrogito*; y si quería tener á toda la casa pendiente de su voz y llenar la faltriquera de ochavos, no tenía más que cantar aquella de

Entra moro, sale moro.  
¡Tiriraina!  
El salerito, la cincha y la albarda  
y el borriquito para traer el agua...

Esta disparatada incongruencia tenía la virtud de poner al selecto auditorio á dos dedos del éxtasis... El lazarillo, en tanto, jugaba con los demás chicos á las cartetas ó roía un mendrugo de pan, con el que hubiera podido ser segundo David si lo arrojara á la cabeza de un gigante... Este callejero trovador sin ojos fué, por línea directa, nieto de aquel taimado ciego á quien sirvió en Salamanca Lázaro de Tormes, como asimismo el muchacho bisojo que le acompaña no niega la estirpe, que del tal Lázaro parece venir como viene el eco del sonido.

Unos cuantos costurones con que el chico trae remendado el rostro le acusan de que también hurtó á su amo el vino por bajo de la jarra, y cuando en ello estaba con más delectación sintió hincársele los cascos por boca y narices.

En el poco cuidado con que lleva al hombre, haciéndole que tropiece con las esquinas y se zampe en los charcos, se ve que no le quiere bien y que le sirve mientras no encuentre cosa mejor.

Una de aquellas mañanas de otro tiempo en que tengo resabios de haber visto á este hombre, luego del romance milagrero, que como dije nunca faltaba, ¡Dios sea loado!, cantó unas seguidillas que levantaron ronchas de regocijo en su escogido senado, porque en ellas traía rebozado al *Tío Copas*,

como llamaban al Rey intruso, y al *Deseado* Fernando que nos llevaron á Francia (¡pluguiera al Cielo que antes de tornar no se hubiese caído la silla de postas al Bidasoa!)

Fueron aquellas letras tan conocidas, que aún se recuerdan hoy, á pesar de los años transcurridos:

Ya viene por la ronda  
José primero,  
con un ojo postizo  
y el otro huero.

Virgen de Atocha:  
dame la mano,  
que tienes puesta la bandolera  
del Rey Fernando, etc...

Este buen hombre, que si no es el mismo ha perpetuado su raza purísimamente, ha cantado la muerte de *Pepe-Hillo*, la entrada de Fernando VII el año 14 y el asesinato de Landáburu á las puertas de Palacio. Aún se me acuerda la simplicísima y biográfica estrofa del himno landaburiano en que habla el muerto:

Estaba en mi casa  
con tranquilidad,  
entre mis dos hijos,  
que besos me dan,  
cuando de improviso  
la orden me gan  
que fuera al Palacio

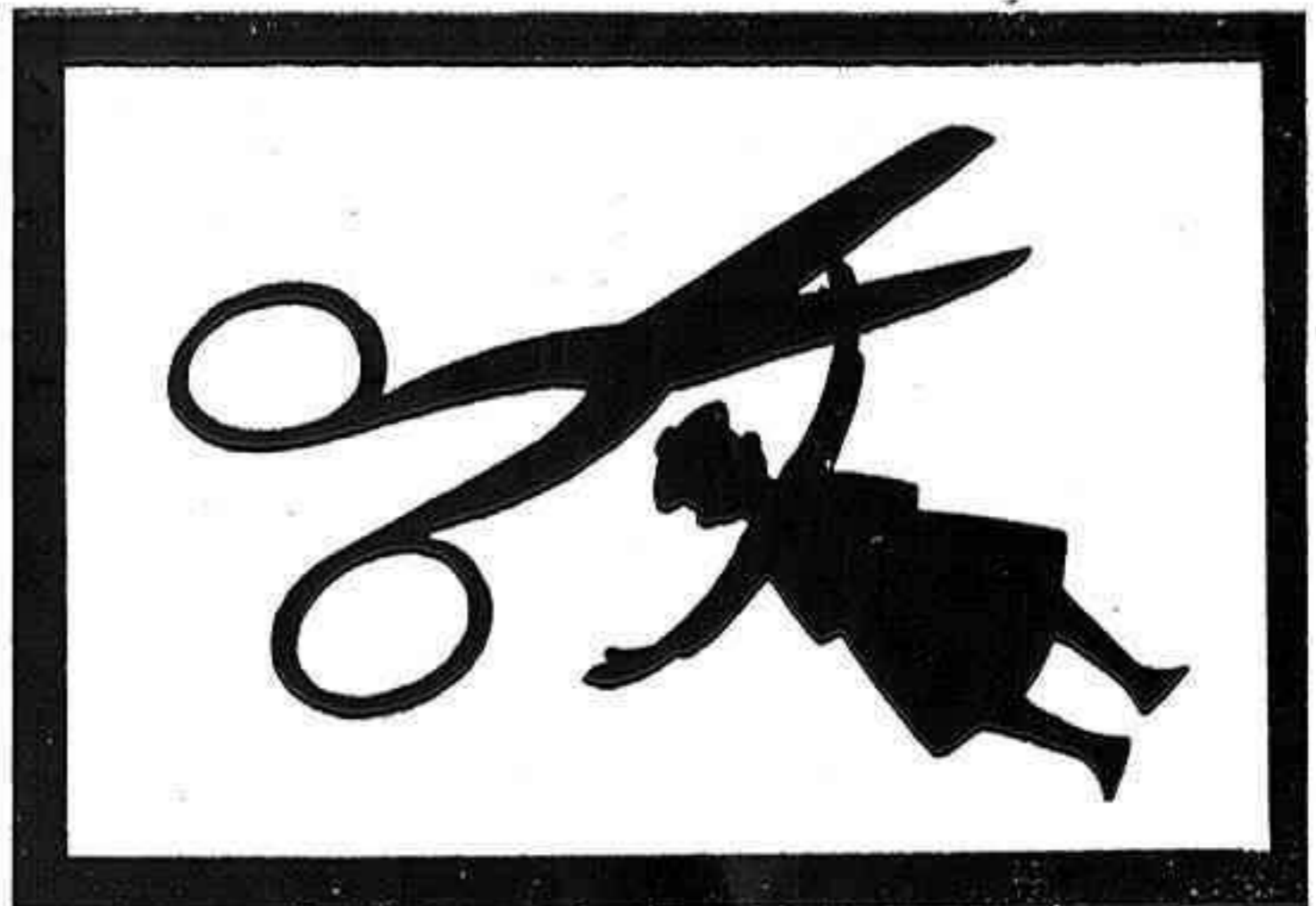
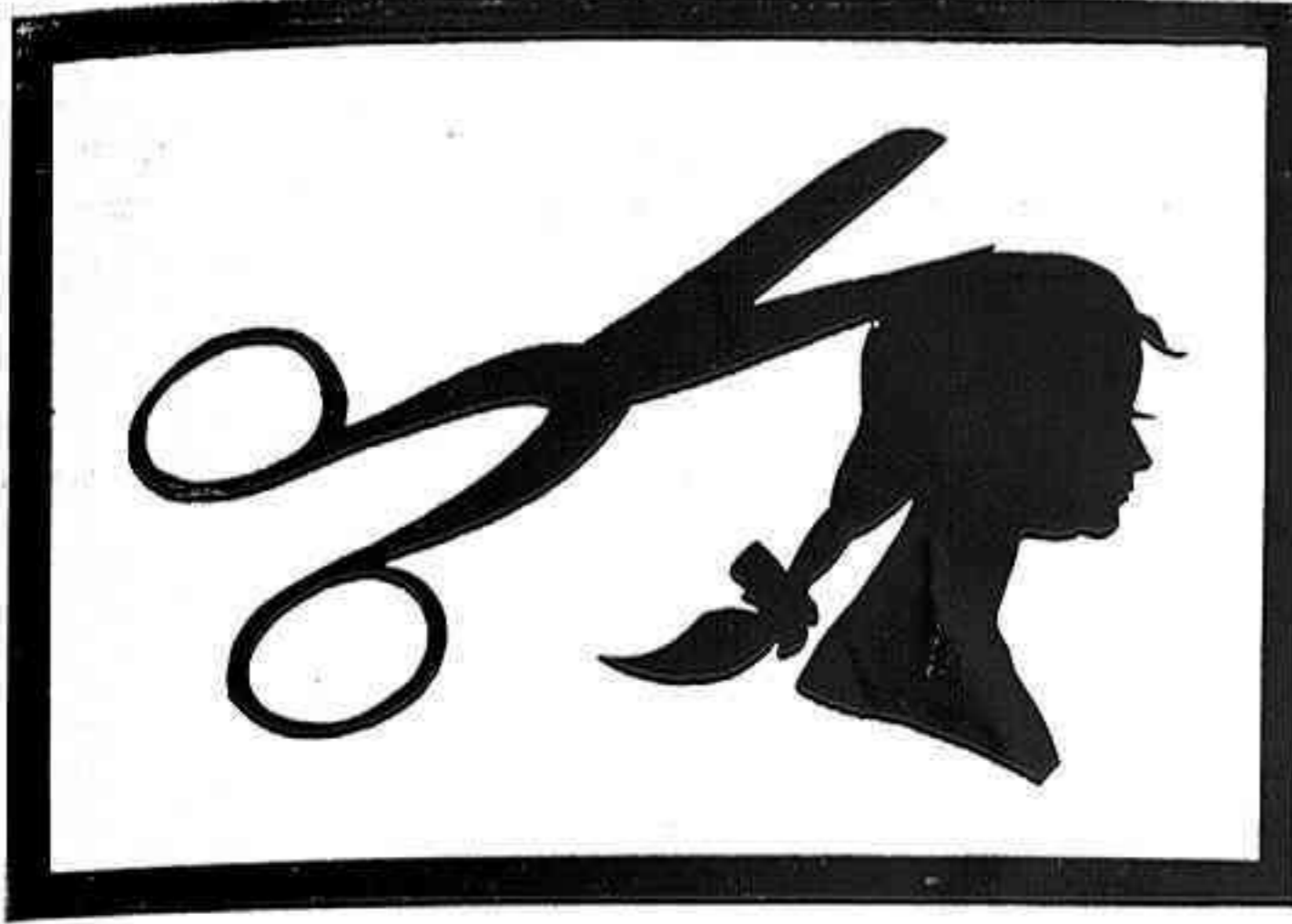
de Su Majestad.  
.....  
¡Hijos de Padilla,  
salid y vengad  
la sangr: inocente,  
que clamando está!...

Ha cantado los suplicios de Riego, de *El Empeinado* y de Mariana Pineda, la ejecución de Luis Candelas, las supercherías de sor Patrocinio y la entrada de Prim en los Castillejos...

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARÍN

MUÑECOS  
RECORTABLES

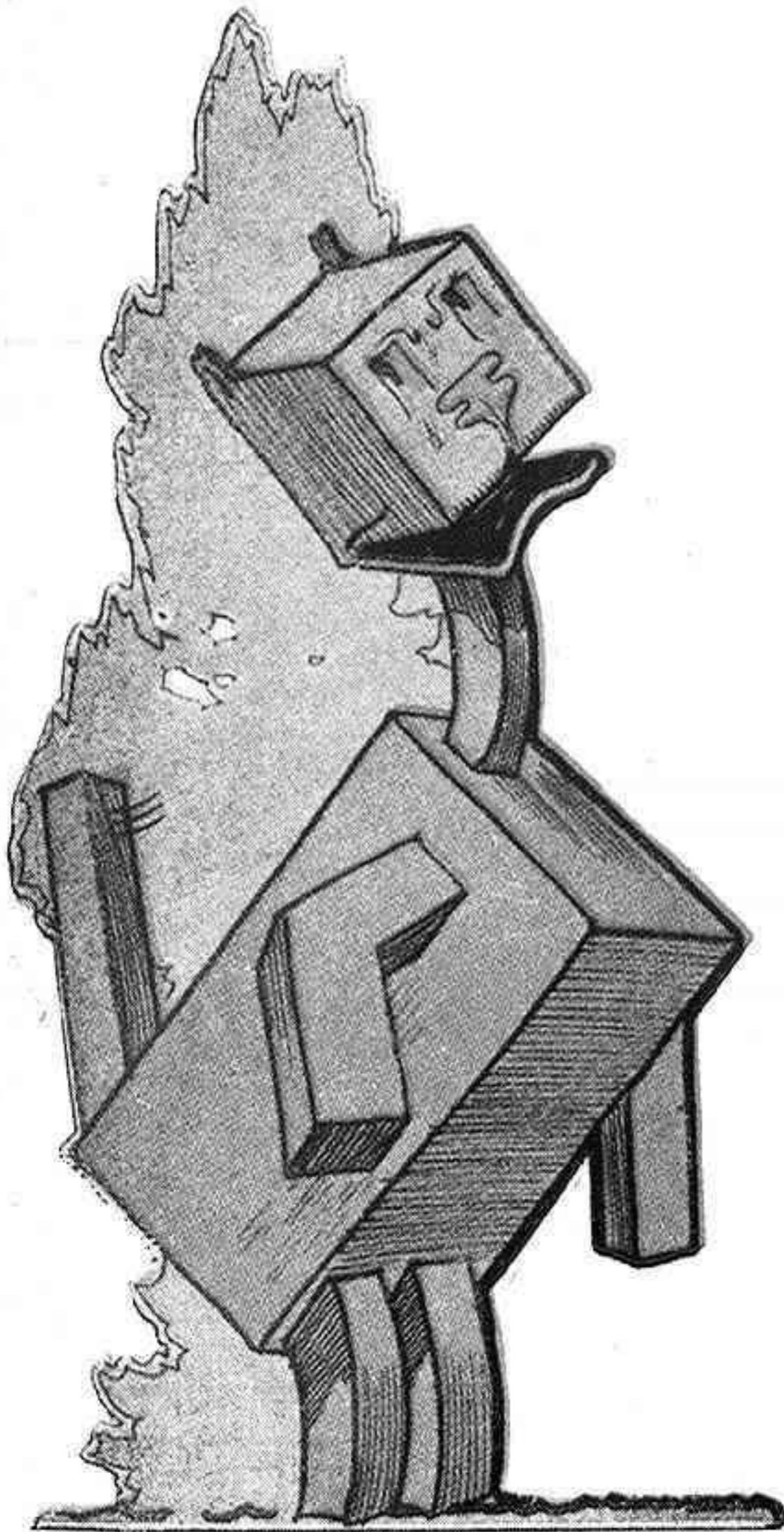


CUANDO el niño sabe cerciorarse apenas de lo que es una revista, elige en ella la página de muñecos recortables y la arranca. Es su primer rasgo de archivador aprovechado. Muchas veces, ante esas revistas con sus nuevos muñecos recortables, demasiado triviales, he pensado que quizá conviniese preocuparse más de esa plana esperada con ansia por el niño, y de la que han de brotar elementos plásticos, seres que echarán á andar por en medio de la vida, trasgos de los sueños de los niños, brujas gritonas y descaradas, personajes como de carne y hueso que charlarán con ellos, que les dedicarán largos recitados, que tendrán vida propia.



jes de diferentes novelas de humor, se volverá un poco el Shakspeare de los muñecos recortables y también el Wells de las combinaciones y de las historias divertidas en que figuran los habitantes de las estrellas.

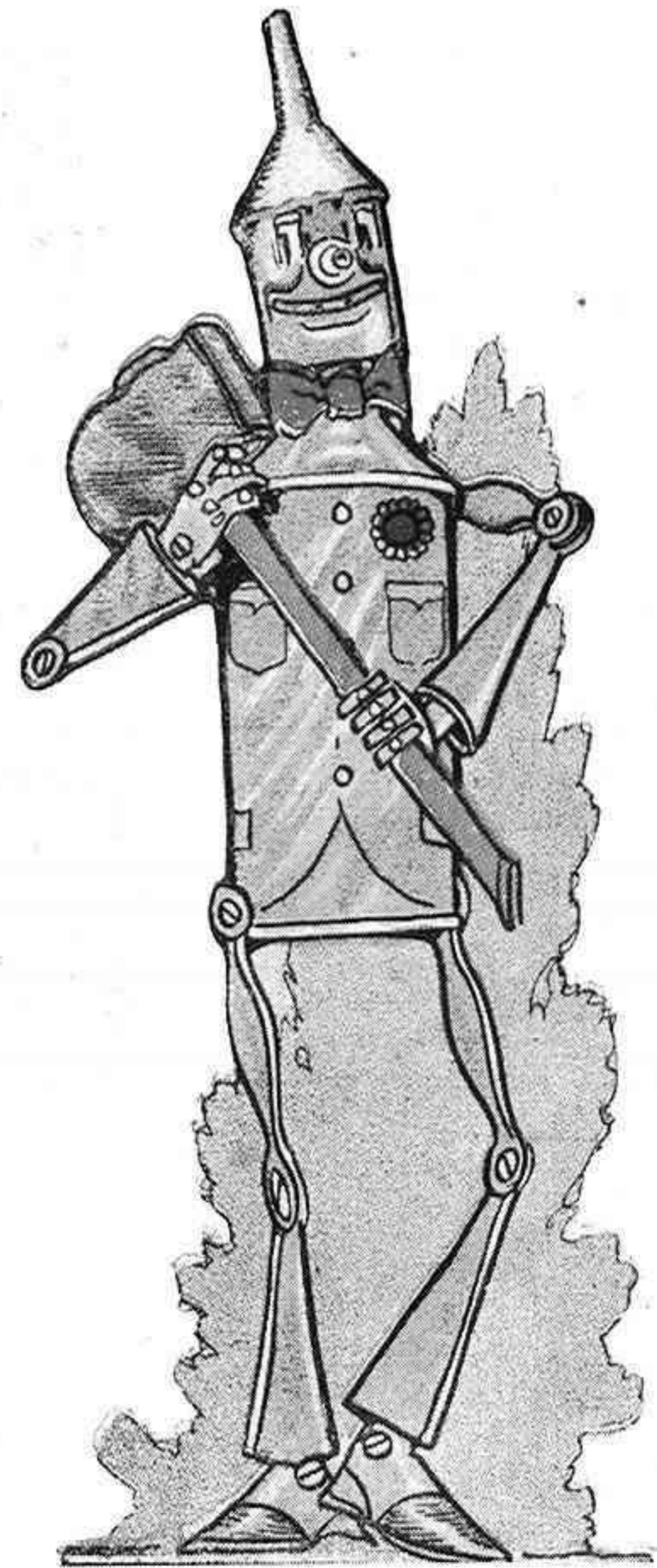
Es la forma más simple de ilusión esa de los muñecos recortables, y por ella debe de aprender á ver el mundo el niño bien. Estudiando los muñecos recortables, siguiendo sus contornos con las tijeras, que sus padres temerán



so, á la par que profundamente real, muestran cómo se entiende la variedad en el mundo.

El niño retendrá, á través de toda su vida, el recuerdo de los muñecos simpáticos, sufridos, siempre joviales y chuscos, que ni son de este mundo ni son tampoco habitantes de la luna.

Cuando este niño, que recorta todo lo que ve recortable, recorte con cuidado estos persona-



Generalmente esa plana de muñecos recortables repite la misma muñeca, el mismo niño con sombrero de tres picos, el mismo soldado de húsares con su traje para los días de gala y su traje para diario. Llega á resultar monótona esa página en que están los embriones de los amigos del niño, de sus héroes, de sus hermanos de leyenda.

Toda la revista es cuadro, es estampa, es la visión lejana, brumosa, á través de ciertos zeis especiales, menos esa única estancia de personas y de seres que engordarán alrededor de sí mismos, de tíos, amigos y demás parientes del niño que se crearán como seres macizos igual que el círculo crea la esfera.

Siempre he pensado en lo importante que tenía que ser divulgar en el alma del niño las primeras nociones, los primeros personajes de su imaginación, los seres extraordinarios y privilegiados de sus sueños. «De que un niño pueda ó no recortar buenas figuras, fantásticas y sugerentes, depende que sea ó no sea un ser vivaz, despierto, altisonante y lunático.»

Sólo en un libro inglés he hallado esos seres suficientemente lejos de sí mismos, lo suficientemente alegres, independientes y mestizos de imaginación pura y realidad para ser joviales sin dejar de ser bastante pesimistas.

Pero estas ilustraciones del mundo misterio-



insistentemente que desfile—¡nunca se convencerán de que se afilan más cortando papel!—, el niño se siente un creador, y de algún modo un humorista.

Es mucho más comprensiva y mucho más cordial esta pedagogía del niño, gracias al muñeco recortable, que la que ha ensayado últimamente esa nueva muñequería de figurillas de cera, de ¡muñecos de cera!

El mundo de los muñecos recortables es un mundo jovial, sin la pesantez de los muñecos mal formados, y, sin embargo, para el niño tienen toda su historia muy hecha, y en seguida se empotran, se ensamblan, se colocan en un cuento especial que toma vida y adquiere texto en el fondo del niño, y del que el muñeco recortable es el protagonista.

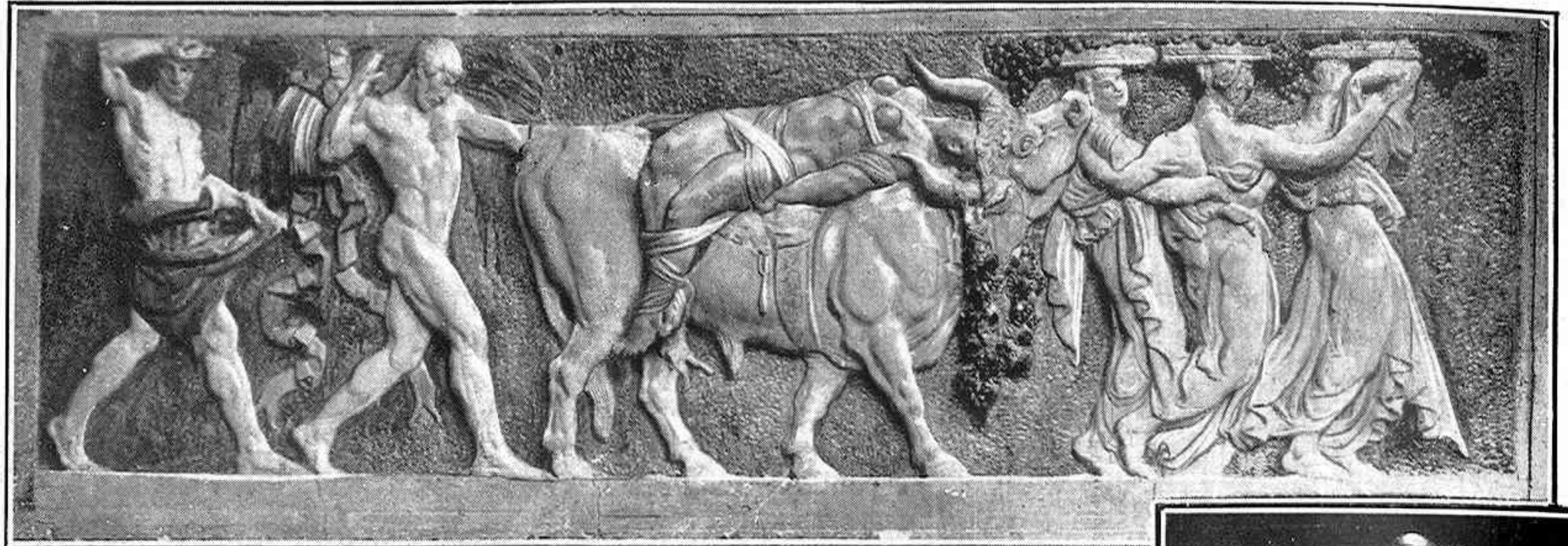
Yo amo las revistas con muñecos recortables; y así como me encuentro páginas inútiles á lo mejor, eso no lo discuto, y con las tijeras avanzadas á recortar artículos, prosa en columnas ó fotografías serias y trascendentales, me dedico á recortar esos muñecos ingenuos, y que alguna vez, mientras los rapaba, me dieron la clave de una novela y se hicieron personajes activos de una trama novelesca.

¡Vivan los muñecos recortables!

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

DE NORTE A SUR

En uno de nuestros números anteriores, al comentar los envíos de la sección de Arte Decorativo en la Nacional de Bellas Artes, se elogiaban los frisos escultóricos de José Capuz. El ilustre escultor presentaba tres altorrelieves de inspiración y composición clásica, donde las figuras fijaban momentos de la mitología de la vida. Eran realmente evocaciones de los tiempos antiguos, escenas de un vigor rítmico y armonioso, modelos de moderna plástica vaciada en la plástica preretrita. Su otra obra *El Idolo*, bellamente patinada, recogida en una composición de gran pureza decorativa, completaba la excelencia del conjunto. Nuestras fotografías dan idea de la belleza de estas obras.



Obras escultóricas presentadas en la sección de Arte Decorativo de la actual Exposición de Bellas Artes por el ilustre artista D. José Capuz



MARY SOLÁ

Prezoz concertista de piano, que habiendo obtenido grandes éxitos en Barcelona, al regresar de Sudamérica, emprende de nuevo su jira artística por Europa, en la cual le auguramos grandes triunfos en el arte que cultiva. Lo mismo en los periódicos de América como en los de Barcelona, hemos leído autorizados juicios críticos, en los que se dedican muy entusiasmados elogios á esta joven y bella artista



Los avladores portugueses Sacadura Cabral (piloto) y Gago Coutinho (observador), que han realizado la travesía del Atlántico

Portugal ha recibido entusiásticamente á los aviadores Sacadura Cabral y Gago Coutinho, que tienen ahora un relieve extraordinario. Universalmente conocida es la hazaña de los dos grandes nautas que en el siglo XX realizan á través del espacio una hazaña de gloriosa audacia, pareja á la de los nautas del siglo XVI á través de los mares. La historia de la Aviación habrá de fijar en lugares preeminentes los nombres de Sacadura Cabral y Gago Coutinho.



DR. CARLOS E. KOHLY  
Enviado por el Cuerpo médico de Cuba al Congreso Nacional de Reorganización Sanitaria que se celebrará en Madrid



El Infante D. Carlos de Borbón llevando el Pendón de San Fernando en la solemne procesión del Corpus, de Sevilla, que ha revestido este año extraordinaria brillantez

F. P. SERRANO

## LA MODA FEMENINA



## REFLEXIONES DE UNA MUJER SENTIMENTAL

No hay en el mundo cosa alguna que más eficazmente destruya el sentimiento de la coquetería de una mujer como esa aplastante y desmoralizadora dolencia del *mal de mer*, el mareo producido por el mar inquieto.

Yo había salido de París radiante de felicidad, ataviada con esa propiedad y gracia con que mi modisto—el actual—sabe acomodar el indumento á las circunstancias sin menoscabo de la estética. Llevaba un traje de *shantung* color verde Nilo, de forma enteriza, vuelo recogido en varios frunces, junto á las caderas, y cinturón de medallas de plata; un sombrero *cloche*, pequeño, de la misma seda que el traje, adornado con un apretado ramillete de rosas color de té; guantes de gamuza lavable de puño largo y amplio y muy respunteado—detesto los de fleco, porque todo el mundo los lleva ya—; medias y zapatos color *beige*, y, como remate de ello, un abrigo. Un delicioso abrigo-capa, de crespón de seda, muy esponjoso, color violeta adornado con fleco de lo mismo formando una segunda talma y forrado de seda *chime* en verde y amarillo.

Yo entré en el barco con aire de conquistadora. El día estaba espléndido; el pasaje era numeroso y distinguido. Bueno. Distinguido en lo

que se refiere á la representación masculina: rubios y fornidos ingleses armados de sus materiales de *golf*; americanos curtidos y alegres, conservando aún en los ojos penetrantes el recuerdo de la «juerga» fenomenal corrida en París. Dos ó tres franceses estirados y correctos, y un buen número de hispanoamericanos aficionados al *sport*, que no hablaban más que del hecho, para ellos inaudito y muy halagador, de haber ganado los argentinos la discutida y anhelada «copa» de polo en los clásicos campos de Hurlingham. En cuanto al elemento femenino, el número era reducido y poco interesante su representación.

Ello me valió, como es de suponer, manifiesta superioridad, y la travesía hubiese podido, quizá, abrir un nuevo capítulo en mi historia sentimental y amorosa, si el «mareo», el más absurdo y desolador de todos nuestros males, no hubiese interrumpido una grata conversación con un muchacho inglés, iniciada no bien hubo emprendido el barco la marcha hacia Inglaterra.

Apoyaba yo mis codos, con aire soñador, sobre la borda, escudriñando la imprecisa línea de la tierra francesa, más que por curiosidad para evitar el encuentro con las pupilas azules y demasiado interrogadoras de mi compañero de viaje, cuando un balanceo más acentuado de la pequeña nave me hizo palidecer primero, y luego, presa de mortal angustia, huir de la cubierta y ocultarme en la cámara de señoras, en

la que tía Adelaida había buscado refugio mucho antes.

Mi sombrero, mi traje, aumentaban el malestar que sentía. Jamás volveré á usar un traje verde ni un abrigo violeta para viajar por mar.

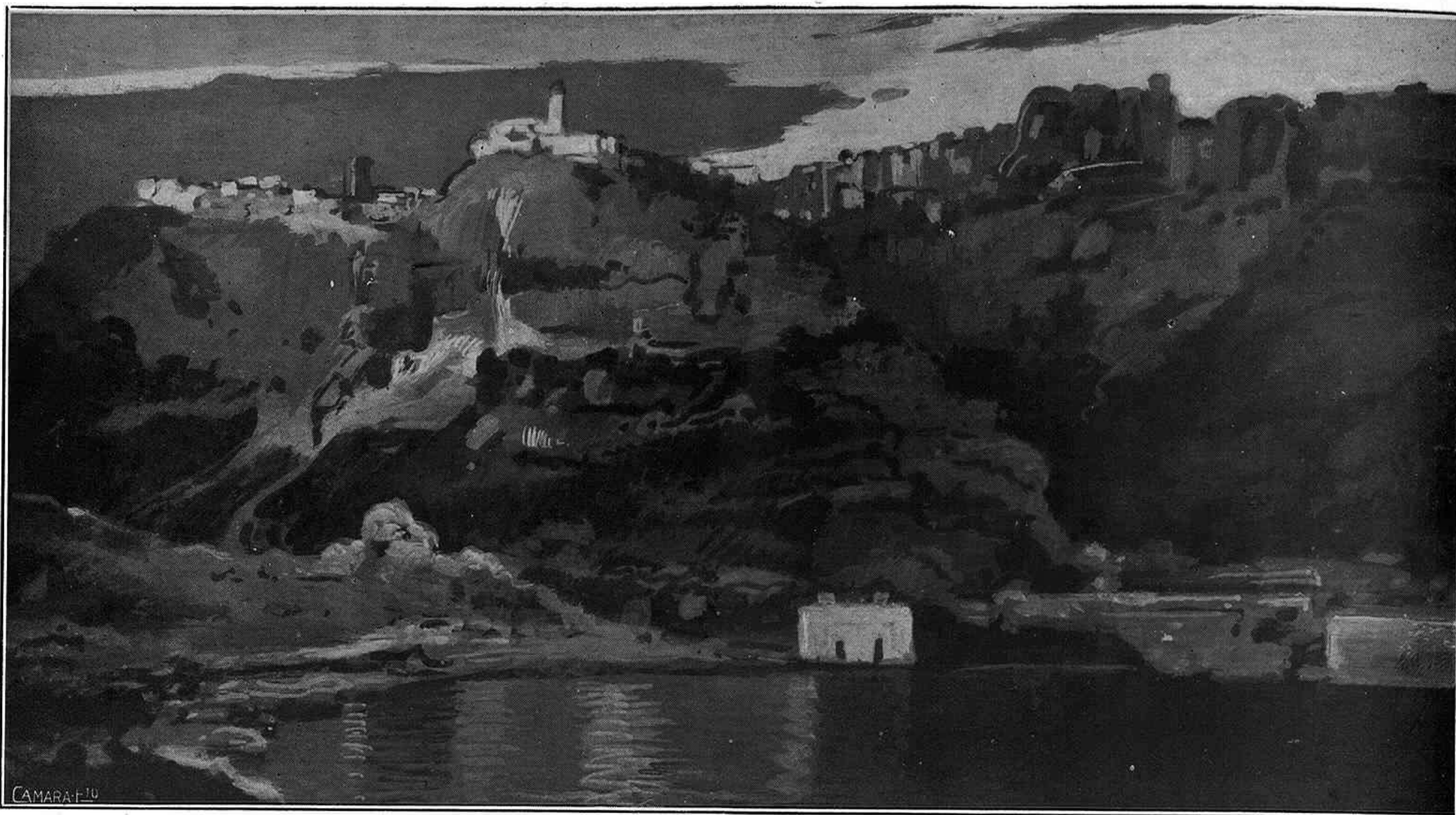
No volví á ver á mi admirador. Luego de desembarcar, hube de echarme nuevamente en el tren, y hasta llegar á la estación de Charing Cross no recuperé mi ecuanimidad física. Entonces... ¡Ah! Entonces lo olvidé todo: el mareo, el traje y el *flirt*. Todo se borró ante la contemplación de la escena única, del esplendoroso golpe de vista que ofrece Trafalgar Square á las seis de la tarde. Vertedero inmenso de autobuses y automóviles y de paseantes innumerables. Mujeres ataviadas de colores claros, enarbolando, como última exigencia de la moda, sombrillas japonesas, auténticas; muchachitas de rubios cabellos, vestidas de blanco y coronadas de sombrerillos de blando fieltro. Viejas damas de rostros encuadrados en anticuadas capotas; hombres hercúleos, vistiendo el recortado *frac* y dirigiéndose á alguna comida, rasurados y peinados de modo que el perfil agudo era lo único que adquiría relieve en el informe conjunto. Luego, el *hall* silencioso del hotel, los criados ceremoniosos, la alcoba alhajada en tonos claros y... el baño.

El baño restaurador en un cuartito esmaltado de azul, en una bañera inmaculada y en un lecho de agua tibia y perfumada con sales de flor de geranio...



EL LIBRO DEL HOMBRE  
QUE VIAJA

# LA PEÑA DE ARCOS



Late vagantes.  
SILIO ITALICO.

FRENTE al parador—que es un delicioso cromo de posada digna de la *Vida del pícaro*, de Félix Percio Bertizo—se rebulle y truhanea la hampería más desvergonzada y entrenada tropa de mocosos. Como si haroneara en tiempo de regocijo y carnestolendas, la gavilla de holgones, torzuelos, mozalbillos y tracistas carabritea y freza con lama de campar allí por sus respetos. Este revoltoso, dando bordos, cae sobre aquel maltrapillo haciéndole lastar con su sobajo y charlear como rana; tal galopín mamarón, con su fe de chico en la mano, al modo del niño de la fuente de Mannekem, ahuyenta á hisopazos y aspersorios otros bachilleres en raposerías y machuchos en rebullicios y tracaladas. Uno de los moscardas de la zumba, que por las trazas no se tartalea tan aina, se ha plantado ante mí y garla no sé qué raterías acerca de mis melenas, mojarillas y escurrilladas, que pronto corea la comparsa. Gracioso cromo este bribonzuelo sin otro apatusco sobre su carne que unos calzones derroñados, con la camisa atacada por gaiterías y rebutida á trompicones con flocaduras y todo, hecha un zorongó por la barriga, y repóllos por los degollados ó rajas de las calzas. Seguido por sus javetadas y revolviña, y aun acompañado del revoleo hasta la divina puerta gótica que hay en la cuesta, subo, paso entre paso, resbalando en los tasquiles y gaba del empedrado de la calle, empinada como un tozal, con más recodos y esquinas que vía castellana. Del despeo de la escalada me saca el asombro que produce á los ojos la iglesia de Santa María, y del empacho de arte unos ayes de profunda congoja que ponen espanto en el alma. Trátase de una gatada; una jovencilla salió á montar bellotas, como el que sale á perdicar sin perro de encarbo, y el corazón empedernido de los civiles que escudriñaban los riñones del encinar la atrahilló sin reparo en el doncellazgo, y ahí, en la casilla de la carcelería, esturrea el susto á puñadas y mojinetes, arreando cada zaloma que da hipo; contrapesos y jarretes de la vida, que decían nuestros antepasados. Buscó pan de trastrigo y tiene cuajo la pobre. Como enmestece un poco el escucharla, y aun se zangarrean en el buche cosas de esas que tienen mal desagadero, me asomo al balcón de la plaza y esto ya es hablar de buen rojo. Mucho me habían almohazado este mirador sobre el Guadalete; pero los palmeos no eran guadrarnas. Sólo en Alburquerque, desde el castillomanuelino, ó en Carmona desde el Alcázar, ó en

Cortegana desde la ermita, ó en Alhájjar desde la cueva de Arias Montano, ó en Aroche, ó, más cerca de aquí, desde el *kasr* de Medina Sidonia, se puede sopesar un panorama como éste, ante el que los pelos se grifen. Tuvieron el buen acuerdo los sindicatos de este pueblo, los sindicatos personeros, que se decía cuando se hablaba por el colodrillo, de colocar este antepecho. Estevado y como embaído se queda el ánimo contemplando, ante los ojos suspendidos y alborotados, leguas y más leguas de aire libre, los meandros del río sin alfaques, ni fangares, ni farallones ó broas, trazando sus curvas de contorno limpio entre las lomas, blandas de matiz crudo que sujetan los marajales, los rodanchos de plantas riberiegas que acodalan los tramos de las llambrias. Es un inmenso valle de suaves altozanos rayados por los surcos de la labra, esquinados sus niveles por verdes umbrías, aquí y allá estrujadas las líneas de sus croas ó coronas en revoltiña de bosque. Los balsameros de los huertos, las blancas casitas, los recovecos ocos en los que el río se pierde, las margueras, los calveros, el relieve de los cerros y tetones, los tozales arrancados por la erosión y arrastre de las aguas, las masas grises de los cantiles modeladas ó rotas, las lejanas sierras, tan azules, tan altas: peñones gigantes como el de San Cristóbal, en el que el sol recorta las aristas de sus facetas, las quebradas de sus talliscas, los escarpes de sus escotaduras; el telón de Medina; las montañas de la Herradura, de Grazalema; del Pinar; las gargantas de Ubrique..., todo ello bañado por una luz bullanguera y traviesa que perfila implacable los contornos y bruña los colores de las cosas. El alma, en la estada deliciosa, ensambla unos con otros esos dulces ensueños que á modo de indefinibles traveseros, pasadores y tirantes urden locas construcciones de nubes. Pero la ventana de la casilla carcelaria da al mirador, y los lamentos de la collaza, de la sierva que robó al señor unas bellotas, alteran la serenidad de la tarde y del pecho, que se rebela contra esas lágrimas. Por la puerta Matrera abajo, y en el río. Para llegar hasta él hay que descender entre callejuelas y dédalos de casas, rampas atroces erizadas de guijos mondados como tobas, corredores húmedos, tapizados de musgaño, que dan á profundo alfoz en el que el río traza ancho foso. Y, ya en el río, carretera adelante, pasados los molinos, los ojos vuelven á admirarse un poco. A unos centenares de metros de altura aparecen, casi en el borde, y en muchos sitios orillando los bordes mismos de la peña, las casas de Arcos. Es un

lienzo prodigioso de tierra y de piedra hendido por dos sitios que forman barrancadas y zapado por tan extraños sobresaltos y escamondado por torniscones interiores tan raros, que por unas faldas cae vertical, inaccesible, como paredón volado de cantera y, por otros canchales sus cascajos se encallecen, traban y enclavijan como cizallas ó jibosidades. El agua de los goterones ó de las escurriduras de las matronas del pueblo cae brincando en los tasquiles; mas pronto se pulveriza en las costanas: de tan alto cae. Al espaciarse la mirada en la pared gigante, se siente cohibida, impresionada malamente. Aquellas casas se escurren como se escullen las aguas, hacia las gargantas y los macizos de construcciones se alabean sobre los arrequives; y más, cuando se ven, uno tras otro, lentos, seguros, enormes buitres que el sol broncea, planeando cerca del esgrafiado de la peña donde tienen sus cubiles. Rodales de chumberas, de atunales, separan la cresta de la zona calva de un ocre amarillento, estriada en profundos niveles, pero tan elevados, que estas grietas se funden y pulen y reflejan el sol como un muro impresionante, bardado y pulido. Como la luz, los sonidos. El dolondón de las cencerías, los aipíos de los zagales, el trasbarrás de las presas molineras, las tarascadas y ruidos del valle chascan y rebotan en el peñasco, berrueco en el bajero, llano y tostado en los muros como un secarral. Inmuta esta jugarreta del río, esta obrería espantable de las aguas. Allá arriba, las casitas, las arcaturas, los paredones de contención, los enormes bloques del castillo, de las lauras de la Encarnación, de la iglesia y torre de San Pedro, de la torre de Santa María, de los torreones y arcos del Cabildo, destacándose sobre el azul añil de este cielo andaluz, son estampas de audacia penosa. ¡Oh, esos edificios torcidos hacia los sibiles ó cóncavos del peñón, hocinados entre pencas, cabrahigos y brezales! ¡Oh, esas cuadradas torres llenas de gracia que avanzan hacia el pretil de las casucas atraídas por el vértigo del abismo! Se oyen siempre crujidos; á veces, de las altas mamorras ó mamblas se desprenden pedruscos tochos ó surtidores de arcilla. Pasa un borrico hatero á la zaga de unos carros cargados de pieles de vacas que marchan á Ubrique; luego, su dueño, un buen hombre que, viéndome pasmarote ante la peña, se acerca y me dice:

—Hay peña *pa* rato.

EUGENIO NOEL

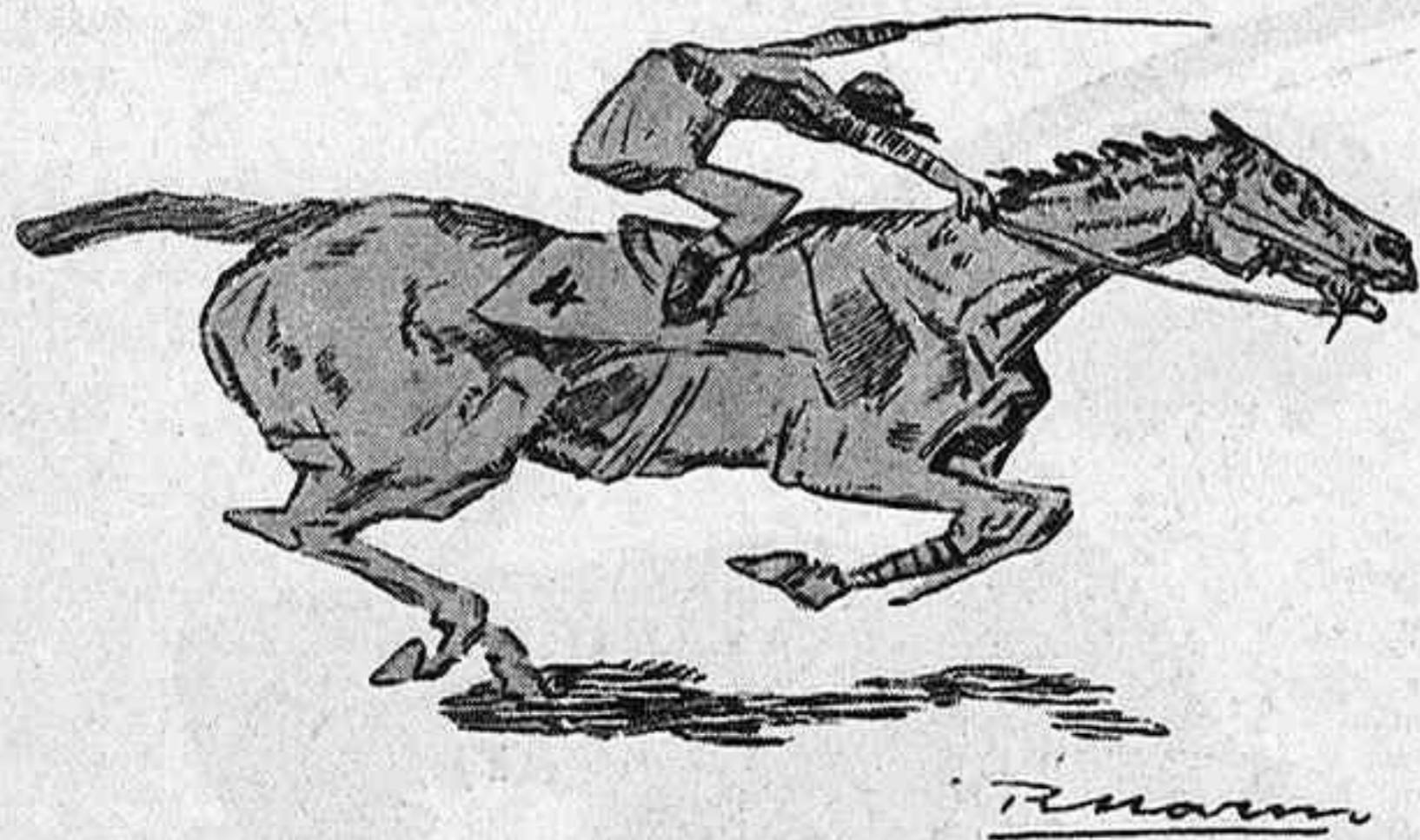
DIBUJO DE VERDUGO LANDI



El jabón  
**HENO DE PRAVIA**  
es el jabón de  
la gente "chic"

PASTILLA 1.50

PERFUMERIA GAL-MADRID



# SAN SEBASTIÁN

## Grandes Carreras de Caballos

organizadas por el  
**«Jockey-Club de San Sebastián»**

Bojo el Patronato de S. M. el Rey Don Alfonso XIII

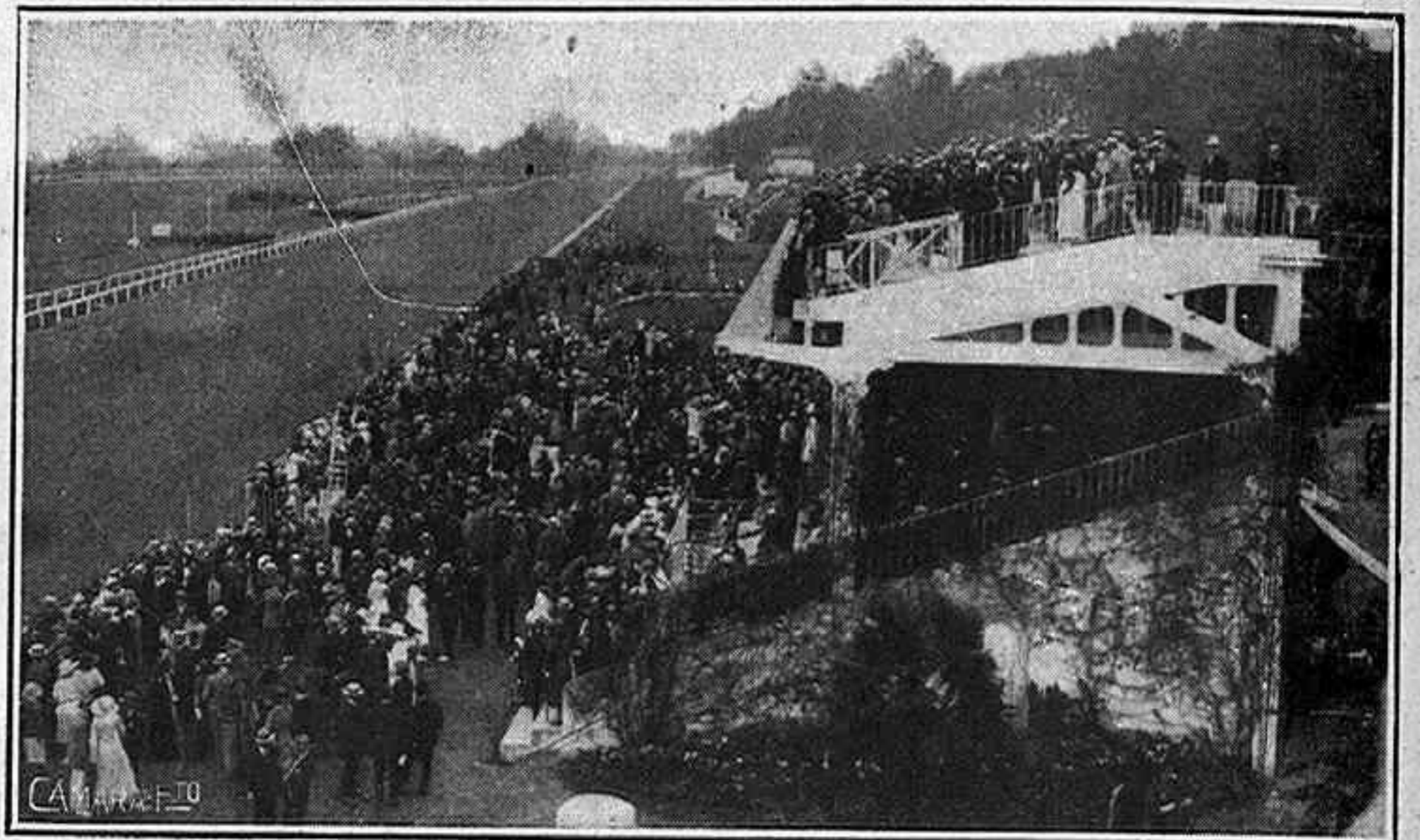
27 Reuniones.—Del 9 de Julio al 1.º de Octubre  
**1.500.000 pesetas de premios**

El Domingo 10 de Septiembre

Gran Premio de S. M. el Rey Don Alfonso XIII

**550.000 pesetas**

EL PREMIO MAS IMPORTANTE CONOCIDO HASTA HOY



### LA ACADEMIA DE CANTO BLANCHE MARCHESI PARIS

Los cursos se reanudarán el **15 de Septiembre.**  
 Dirigirse al SECRETARIO, 65, rue Ampère.



Cortés Hermanos.—Barcelona.

Jabón, 1,50.—Crema, 2,50.—Polvos, 2,50.—  
 Agua cutánea, 5,50.—Agua de Colonia, 3,50.  
 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.—Lociones  
 para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

#### ÚLTIMAS CREACIONES Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO,  
 ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE,  
 ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,  
 MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20.  
 Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con  
 estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÀ (BARCELONA).

### Tabletas "BAYER" de Aspirina



Exíjase siempre el empaque original, llevando la faja encarnada con la inscripción:  
 «Fabricación especial para España».

#### CORSETERÍA «PARISIÉN»

Concha y Esperanza Vizcaino

ofrecen a Ud. las últimas creaciones de París, en

Oviedo

### VINOS FINOS DE RIOJA BARCA FLORIDA.—HARO

Desea viajantes á comisión



SE VENDEN los clichés usados en esta Revista --- Hermosilla, 57

### PARA SUPRIMIR LOS VELLOOS Y EL PELO



Tened mucho cuidado en usar un Depilatorio cualquiera. Después de aplicarlo, los pelos vuelven a brotar con mayor fuerza y vigor.  
 Miss GYPCIA, 43, rue de Rivoli, Paris (1<sup>ra</sup>), vióse un día inducida a experimentar una receta poco conocida, pero que posee verdadera acción sobre la raíz del pelo. Los pelos destruidos de este modo Y A NO VUELVEN A BROTA. Tan original metodo va explicado con la mayor claridad en un folleto intitulado: «Un secreto Egipcio» el cual se manda bajo sobre cerrado. GRATIS y muy discretamente a quien lo pida: bastará escribir adjuntando un sello para la contestación.  
 Depósito para España: Senorita S. Mercedes, Nápoles, 272, 1<sup>a</sup>, 1<sup>a</sup>, Barcelona.

### PARA ADELGAZAR EL MEJOR REMEDIO DELGADOSE PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio «PESQUI». Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

# CARLOS COPPEL



FABRICA DE RELOJES  
Fuencarral, 27 ~ Madrid

A cada reloj acompaña certificado de garantía.

Rosado Rivas

頂 龍 牌

# HORNIMAN'S

## PURE TEA

Casa Fundada en Londres 1826.

El té predilecto de las Embajadas de Europa!

頂 龍 牌

**GRANULOS CHANTEAUD** *Contra el MAREO*  
 Antinauseosos como preventivo y curativo.  
 54, Rue des Francs-Bourgeois, PARIS

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**

# ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

## ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

EVITA LA CAIDA DEL PELO  
 LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO  
 ABRÓTANO MACHO

Larrea, 10, ALCOHOLERA, Madrid



# CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

# LA MUERTE NUEVA

Novela de amor y de dolor, la más apasionada del ilustre escritor

**A. Hernández Catá**

DE VENTA EN TODAS  
 LAS LIBRERÍAS

Misterios de la Policía y del Crimen  
 PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN

# GOERZ

## CÁMARAS TENAX

En venta en todos los negocios fotográficos.  
 Catálogo envía gratuitamente

Optische Anstalt **C. P. GOERZ** Aktien-Gesellschaft.  
 Berlin-Friedenau

Representante en España:  
 C. G. CARANDINI  
 Barcelona. Apartado 487

# BALNEARIO DE LIÉRGANES (Santander)

Estas aguas son el único tratamiento eficaz para los catarrros de la nariz, bronquios, pulmón y en la predisposición á ellos, así como en los cólicos nefríticos y arenillas.

**VALENCIA**



**PRODUCCION DIARIA  
250,000 KILOS**


**LOS ARROCES LLUCH & HIJO**  
SE CONSUMEN EN TODO EL MUNDO



**CEREO-LECITINA EJARQUE**  
ALIMENTO VEGETAL COMPLETO a base de Cereales y Leguminosas

Muy agradable para los niños  
Insustituible como alimento en los casos de intolerancia gástrica  
y afecciones intestinales. Convalecientes

Análisis de garantía del DR. PESET Farmacia y Laboratorio Ejarque  
VALENCIA



**LA INSTITUCIÓN CERVERA** VALENCIA (España)  
ES UNA INSTITUCIÓN INTERNACIONAL DE ENSEÑANZA

LA MÁS IMPORTANTE DE EUROPA

ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA: Electricidad, Mecánica, Agricultura, Química,  
• • • Arquitectura, Construcción, Ingeniería, Electroterapéutica, Automovilismo, Aviación • • •

Tenemos Ingenieros, Arquitectos y Alumnos de las anteriores especialidades en todo el mundo

Para informes, pormenores y matrículas, dirigirse por correo a la  
**INSTITUCIÓN CERVERA • Apartado 66 • VALENCIA (España)**

**USE USTED** **MAGNESIA** efervescente  
del **DR. TRIGO**

Rechazad las numerosas imitaciones



**YO TOMO  
SIEMPRE**

**ANÍS RIOS**

JOSE RIOS-SILLA (VALENCIA)



# Miss Blanche



Cigarrillos  
Egipcios.  
Caja 2,25 pts.

=Varela de Spijas=

THE VITTORIA EGYPTIAN  
CIGARETTE COMPANY

DE VENTA EN TODAS PARTES

IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS